

Violencia contra las mujeres del corregimiento de Tapartó

Resistencia femenina en medio de una dinámica cafetera violenta contra su género

Laura Alejandra Mafla Calvo

Trabajo de grado

Pregrado en Comunicación Social - Periodismo

Asesora:

Margarita Isaza Velásquez

Periodista y docente universitaria

Universidad de Antioquia

Seccional Suroeste

Diciembre del 2019

Agradecimientos

Inicié esta investigación con muchos temores y prejuicios. Creía que sería muy complejo que las mujeres compartieran sus testimonios de violencia, que quisieran volver a través del recuerdo al lugar donde estuvieron tristes. Me inquieta el modo en que estas mujeres recuerdan tan detalladamente esas historias, aquellos hombres y lugares donde fueron abusadas y la forma en que algunas aún no logran reconocer que merecen un trato más digno. Aun así, me sorprende gratamente la fuerza que tenemos entre nosotras, la escucha que podemos brindarnos y el cómo hablar de aquello que había quedado en el olvido, también ayuda a sanar.

Agradezco a cada una de las mujeres que me compartieron sus testimonios en medio de sonrisas nostálgicas, risas y llanto. A Esmeralda, Alba y Amanda, especialmente, por abrirse tan profundamente conmigo y escarbar en los recuerdos de ese pasado poco ameno.

A mi asesora Margarita Isaza Velásquez, a quien le debo las pistas, las aristas, el punto de vista que por mí misma no habría encontrado. Para ella mi admiración, por sus acertados aportes, que muestran una sensibilidad hacia la mujer que me fue de mucha ayuda.

A mis amigos, por la fuerza y motivación.

Gracias a mi familia, quienes soportaron muchos días sin mi presencia. Pero sobretodo, gracias a mi madre, por enseñarme a ser sensible al sufrimiento de los otros, gracias por las mujeres que se abrieron conmigo por conocerla a ella y a su arte de escuchar en silencio el dolor del otro.

Gracias a todas las personas que me ayudaron de algún modo, por su tiempo y por su amabilidad.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto y que me permite culminar este recorrido más sensible, más humana.

Tabla de contenido

Agradecimientos.....	2
Resumen.....	4
Introducción.....	5
Esmeralda.....	16
Amanda.....	32
Alba.....	44
Conclusiones.....	58
Bibliografía.....	59

Resumen

Esta investigación periodística narra las historias de vida de mujeres que han sido víctimas de violencia de género, en alguna de las cinco modalidades, en medio de una dinámica cafetera en la que muchas veces son vulneradas e invisibilizadas. La narración es una recopilación de testimonios sobre la vida de la mujer en el campo del suroeste antioqueño, sus miedos, angustias, deseos y alegrías. Finalmente se evidencia la forma en la que se transforma la interpretación que le dan a sus vidas a raíz de sus experiencias, las relaciones personales con los otros, su contexto, los actores que influyen en sus rutinas y en el modo en que asumen sus dramas cotidianos. Es un trabajo que da cuenta del abandono estatal para la mujer del campo colombiano y el olvido en el que se archivan las violencias que han sufrido por la condición de ser mujeres rurales.

Abstract

This journalistic investigation narrates the life stories of women who have been victims of gender violence, in any of its five modalities, in the middle of an agricultural (coffee tradition) dynamic in which most of the time they are vulnerable and invisible. The narration is a compilation of testimonies about the life of women who live in South-East Antioquia's country side, their fears, anguish, desires and joys. Finally, the way they interpret their life is evidenced by their life experiences, their relationships with others, their context, the actors that play in their live routines and the way they face their daily dramas. It's a job that shows the state abandonment women suffer in the Colombian countryside and the oblivion in which violence suffered by their condition is archived.

Palabras clave

Tapartó; Andes; Antioquia; violencia de género; víctimas; mujer rural; mujer cafetera; cosecha cafetera

Introducción

Esta investigación se realizó en Tapartó, uno de los siete corregimientos de Andes, entre los meses de agosto y noviembre del 2019, durante la época de recolección cafetera, actividad económica de la zona. A este corregimiento se circunscriben catorce veredas entre ellas La Solita, La Ermita, La Lejía, Monteverde, Alto del Rayo, entre otras. El corregimiento cuenta, según el último censo del 2012, con 8.616 habitantes. He vivido en el corregimiento de Tapartó, Andes, Antioquia, durante mi formación universitaria y he sido testigo de la dinámica de recolección de café o cosecha cafetera que se realiza cada año en la región. A lo largo de mi carrera, me he interesado por las temáticas que giran en torno al género femenino. Lo anterior y estar tan cercana a la zona y vivir en carne propia las circunstancias que pueden darse en medio de esta dinámica cafetera como el sentimiento de inseguridad a causa del acoso sexual en las calles tapartoseñas, me llevaron a hacerme preguntas sobre qué significa ser mujer campesina, habitar una zona rural en medio de una dinámica económica colombiana como la cafetera y cuáles son las violencias a las que puede estar expuesta la mujer rural de Andes en particular.

Para empezar, las Naciones Unidas definen a la violencia de género como “ todo acto de violencia sexual que tenga o pueda tener como resultado un daño o sufrimiento físico, sexual o psicológico para la mujer, así como las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se producen en la vida pública como en la vida privada, e incluida la violencia doméstica, los delitos cometidos por cuestiones de honor, los crímenes pasionales, las prácticas tradicionales nocivas para la mujer, incluida la mutilación genital femenina y el matrimonio forzado” (2000)

A modo de contextualización, la violencia de género se ha convertido en un tema fundamental en la agenda sobre la violación a los derechos humanos. La Organización Mundial de la Salud (OMS) señala que la violencia de género es uno de los mayores problemas de salud pública a nivel mundial. La OMS, en colaboración con la Escuela de Higiene y Medicina Tropical de Londres y el Consejo

Sudafricano de Investigaciones Médicas, señaló en un análisis estadístico¹ algunas de las siguientes conclusiones:

- El 35% de las mujeres del mundo entero han sido víctimas de violencia física y/o sexual por parte de su pareja o de violencia sexual por parte de personas distintas de su pareja (Estas dos modalidades de violencia son las más predominantes)
- El 38% de los feminicidios que se cometen en el mundo son perpetrados por la pareja.
- El informe también presenta una lista de los factores de riesgo tanto para los que realizan el acto violento (autores) y los que lo reciben (víctimas). Entre los factores presentados están: un historial de exposición al maltrato infantil (autores y víctimas); la experiencia de violencia familiar (autores y víctimas); el uso nocivo del alcohol (autores y víctimas); la existencia de normas sociales que privilegian a los hombres o les atribuyen un estatus superior y otorgan un estatus inferior a las mujeres y un acceso reducido de la mujer a empleo remunerado.
- Las estimaciones de prevalencia de la violencia de pareja oscilan entre el 23,2% en los países de ingresos altos y el 24,6% en la región del Pacífico Occidental, al 37% en la región del Mediterráneo Oriental y el 37,7% en la región de Asia Sudoriental.

Profundizando sobre la violencia de género a nivel regional, según la ONU, América Latina es la zona más letal para las mujeres fuera de un contexto de guerra, donde mueren asesinadas más de nueve mujeres al día víctimas de la violencia machista. En este sentido, en 2018, al menos 3.287 mujeres fueron víctimas de feminicidio o femicidio en 15 países de América Latina y el Caribe, de acuerdo con cifras proporcionadas por organismos públicos de esos países al Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe de la CEPAL. En Colombia, concretamente, de acuerdo a la Base de Datos Mundial sobre la violencia de la ONU Mujeres, del total de casos de violencia sucedidos la violencia física y / o sexual de por vida con la pareja íntima se presenta en un **33.3%**, la violencia física

¹https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/85243/WHO_RHR_HRP_13.06_spa.pdf?sequence=1

y/o sexual con la pareja íntima en los últimos 12 meses en un **18.3%**, el matrimonio Infantil: **23.4%**, mientras que no hay estadísticas oficiales disponibles en relación a la violencia sexual sin pareja de por vida en el país. (2019)²

En Colombia, El Congreso de la República ha presentado la clasificación de la violencia de género en cinco modalidades³:

1. Psicológica y emocional, toda acción u omisión destinada a controlar las decisiones, las creencias y los comportamientos de las mujeres.
2. Física y feminicidios, toda acción o conducta violenta destinada a disminuir la integridad corporal de las mujeres.
3. Sexual, entendida como todo acto orientado a obligar a la mujer a mantener contacto sexualizado mediante cualquier mecanismo que anule la voluntad personal.
4. Económica y patrimonial, aquella en las que el hombre utiliza su poder económico para controlar las decisiones y el proyecto de vida de la mujer.
5. Institucional, aquella que ejerce el Estado en contra de un grupo poblacional, por acción u omisión, generando dinámicas de discriminación, desprotección y explotación.

Muchas veces las estadísticas presentadas que dan cuenta de la violencia de género contra la mujer en cualquiera de sus modalidades corresponden a los datos de las zonas urbanas, mientras que la ruralidad colombiana se queda en la incógnita. Además, las cifras quedan suspendidas en solo un registro numérico que no da mayor información sobre el verdadero estado de la mujer en los contextos rurales del país. En fin, quizás conocemos a grandes rasgos la violencia de género contra la mujer rural colombiana, pero, ¿qué sabemos de su historia personal?, ¿de la interpretación que ellas le dan a lo que les acontece?, ¿de cómo se sienten en los diversos ámbitos de la vida?, ¿del cómo llevan su cotidianidad en el contexto que habitan? En tal sentido, este trabajo reúne los testimonios de vida de mujeres del

² <http://evaw-global-database.unwomen.org/en/countries/americas/colombia>

³ https://www.mintic.gov.co/porta/604/articles-3657_documento.pdf

común del corregimiento de Tapartó, Andes, que habitan en un contexto económico y campesino que produce café para la exportación.

El municipio de Andes hace parte de la región del suroeste antioqueño que se caracteriza por ser parte del Eje Cafetero; basa su economía principalmente en la caficultura y en actividades económicas secundarias como la minería del carbón, el cultivo de papa, maíz, yuca, plátano, entre otros.⁴ Si nos situamos en la actividad económica principal, la cosecha cafetera tiene su auge de recolección durante los meses de septiembre, octubre y noviembre. En ocho municipios de Antioquia es donde más se demandan recolectores de café, entre ellos Andes, Ciudad Bolívar, Salgar, entre otros, que llegan a necesitar hasta 80.000 trabajadores, de los cuales el 40% viven en la zona cafetera y el otro 60% migran desde regiones como Córdoba, Chocó, Sucre, el Magdalena Medio, entre otros, y con ello, gracias a su diversa procedencia, generan dinámicas distintas entre los pobladores anfitriones.

Para la realización de este trabajo, los estudiantes de la Institución Educativa Tapartó fueron el principal medio de contacto con las mujeres cafeteras del corregimiento. Todos los estudiantes con quienes conversé compartían, al menos, con una mujer en su casa que trabajaba en el oficio cafetero. Ya fuese la mamá, la abuela, una prima, una tía, una hermana. Me facilitaron los números telefónicos y las llamé. Contacté a 29 mujeres: 9 de ellas no tenían tiempo disponible para una entrevista; con 5 se logró llegar a un primer encuentro; 8 consideraban no haber sido víctimas de violencia de género o no en mayor grado; en 7 mujeres identifiqué diversos tipos de violencia de género, y tres de estas mujeres, Alba Madrid, Amanda del Socorro Ceballos y Esmeralda Pérez, accedieron a contarme sus historias, donde estaban presentes las violencias de género de las que han sido víctimas a lo largo de sus vidas, en manos de un compañero de trabajo, un esposo, un desconocido, un hijo, en todo caso un hombre.

En ese sentido, este trabajo no son sólo tres historias sino muchas. He realizado una recopilación de microhistorias, contadas por las mujeres que también fueron víctimas o que me compartieron sus testimonios sobre qué significa habitar el

⁴ Informe del perfil de la subregión del Suroeste presentado por el Departamento Administrativo de Planeación.

contexto cafetero siendo mujer. Los siguientes extractos de entrevistas realizadas durante la investigación son muestra del modo que tiene las mujeres de percibir su entorno; de relacionarse con otros colegas, familiares y compañeros; de los casos de acoso sexual que han vivido y de proyectarse en el futuro.

Para empezar, de las entrevistadas, pocas aspiraban a formalizar sus estudios en el café o en otra área en alguna institución. Por el contrario, algunas entrevistadas afirmaron no saber leer ni escribir, haber suspendido sus estudios desde la primaria o solo saber firmar. En el primer semestre del año 2019, se dictó en la Universidad de Antioquia, seccional Suroeste, la primera especialización en Colombia con enfoque en la sostenibilidad integral de los caficultores en sus áreas de producción. A este proceso asistieron ocho personas del corregimiento de Tapartó, entre ellas tres mujeres. En la graduación de la especialización encontré a una de ellas, Dora Ramírez, quien vive con su esposo y dos hijos. Ella fue la única mujer entrevistada que está formándose constantemente en el área que desempeña. Su esposo le ha brindado un entorno seguro y la apoya en su proyecto de vida:

Mi esposo y yo somos caficultores, yo le ayudo a coger café y alimento a los trabajadores, en este momento tengo cinco. Mi esposo ha vivido toda la vida de aquí, la finca es de él. Yo me vine a vivir a Tapartó hace once años, lo que hace que me casé con él, me vine de Medellín cuando estaba estudiando Administración de Empresas, iba en el tercer semestre y quedé embarazada del niño mayor, me tocó retirarme porque ya no me daba la viajadera pa' allá y pa' acá. Al principio me dio muy duro el cambio. Sigo haciendo muchos cursos, cosas que no me generen tanto compromiso. Estoy haciendo otro diplomado con Interactuar los sábados, para generar empresa, y otro curso de barismo con Cámara de Comercio en compañía con el SENA. Mi esposo sabe que a mí me gusta mucho estudiar y yo soy la que va a los cursos. Con el curso de Interactuar hemos estado en tres ferias, esas ferias son buenas para darse uno a conocer, viene gente de todo el mundo. También, estuve en una pasantía en el departamento de Caldas por una semana y en una de Expo-Futuro. A mí me aterra alimentar, lo hago porque me toca, yo soy la que llevo a mi esposo todos los registros de la finca, llevo la contabilidad y todo. A mediodía, que él se va a coger café con los trabajadores, yo soy la que despulpo, me sube el café en la garrucha, estoy pendiente de la secadora y de los hijos.

Cuando no tengo que alimentar, me voy a coger café con él. (Entrevista, Dora Ramírez, vereda La Solita, Tapartó, 10 de octubre del 2019).

Durante la cosecha cafetera, también hay mujeres que trabajan en compañía de otras mujeres. En Tapartó, en la finca de Guillermo Franco, hay un grupo de mujeres que se reúnen en las mañanas, salen juntas hacia el cafetal y trabajan en la misma zona. Las dos hijas de Guillermo, Luisa y Diana, son las que dirigen el grupo. Luisa Fernanda Franco Galeano aprendió a recoger café desde pequeña en la finca de su papá:

Acá todo el año resultan graneos, todo el año nos mantenemos en la cafetera. Una que otra semana nos quedamos en la casa realizando los oficios de la casa. Nosotras, las mujeres de la casa, somos las encargadas de recoger el café en el cafetal, del resto del proceso en el beneficio se encargan ellos. Además, contratamos a otras mujeres de ahí mismo de Tapartó, ahora están Cristina, Maribel Izquierdo y otra prima mía. Ellas trabajan aquí lo que dura la cosecha, que son como tres meses. Aquí solo somos nosotros, no tenemos gente externa, solo conocidos. El papá mío no es socio de la Cooperativa de Caficultores, mi papá lo vende en las compraventas en Tapartó. El jornal se paga kileado, se paga el kilo a 500 pesos. Salimos faltando unos minutos para las seis en la mañana, allá desayunamos y almorzamos, y le hacemos hasta las cuatro de la tarde. Como hay buen cafecito, uno trabaja hasta la hora que uno quiera trabajar. Esta cosecha de este año está buena, pero demás que se acaba más ligero. El martes ellas recogieron casi 150 kilos, es lo que llaman 'ser bomba'. Mi hermana es así. Yo he sido malita, más bien, no paso de doscientos o doscientos cincuenta mil pesos mensuales, mientras ellas se hacen casi el millón. Nosotras trabajamos todas juntas (Entrevista, Luisa Fernanda Franco Galeano, zona La Selva, Tapartó, 6 de octubre del 2019).

De las mujeres entrevistadas, seis son cabeza de hogar. Muchas veces deben turnar su trabajo con las responsabilidades del hogar y con los hijos. El hecho de que los niños sean un poco grandes les ayuda porque les permite dejarlos en la guardería o en el colegio mientras ellas realizan su jornada laboral en el cafetal o en otras fincas como alimentadoras o guisas. Liliana Berrío, madre de un niño de diez años y otro de diez meses, trabaja recogiendo café y alimentando para poder sostenerse económicamente. Ella está a cargo de la custodia completa y la

manutención de sus hijos y no es retribuida económicamente por su exesposo (Violencia económica). En lo que labora actualmente no es en lo que le gustaría trabajar y no ha tenido mayores oportunidades para formarse profesionalmente a causa del poco nivel de ingresos y su responsabilidad con el hogar. Ella lo expresa así:

Yo hago las dos cosas. Más que todo es porque la única oportunidad que uno tiene por aquí. A veces es muy duro, yo que estoy sola, uno debe coger el café, eso es algo muy duro. Imagínate tú que te pongas una o dos estopadas⁵ de café al hombro y para cargarlo hasta donde lo pesan. En la mayoría de las fincas es muy lejos el cafetal y donde se pesa. Yo trabajo en las fincas que me den empleo. En este momento, estoy haciéndole de comer a cinco trabajadores y el tiempo que me sobra recojo café. Pago para que alguien me cuide el bebé. Como los trabajadores que tengo son pocos, con eso solamente hago el mercado del mes para todos; necesito irme a coger café y lo que gano ya me queda libre para vestir a los niños y para las otras necesidades. Cuando uno tiene muchos trabajadores, da para ahorrar, pero, de todos modos, no mucho, porque los meses del año siguiente no hay mucho trabajo. La realidad es esa, para uno buscar otro ingreso toca irse a vivir a otra parte. Seamos realistas, ¿aquí uno qué más va a hacer? (Entrevista, Lilibiana Berrío, Puente Nuevo, La Lejía, Tapartó, 6 de octubre del 2019).

Es común, en las mujeres adultas mayores, que ya hayan trabajado en los dos oficios alguna vez en su vida. Frente a estas labores, ellas se van acostumbrando a las dinámicas y muchas veces prefieren un oficio al otro. Luz Miriam es una madre de una niña y un niño, trabaja con su esposo en el cafetal en tiempo de cosecha y cuando la temporada termina, su esposo viaja al Huila a seguir trabajando en la cosecha cafetera de esa región. Ella queda encargada de los hijos:

Yo alimentaba trabajadores, pero tratar con ellos es una cosa muy complicada y de mucha responsabilidad. Si hay más de veinte trabajadores deja poquita ganancia y usted sabe que hoy en día la comida está muy cara, todo está muy caro y no deja mucho, en cambio, cogiendo café, usted se cogió lo de la semana, y si hay que colaborar, colabora uno con alguna cosa y si no se guarda. Además, si uno quiere sacar el día libre lo saca, si uno está enfermo y se quiere sentar bajo un palo de

café, usted lo hace, sin estar pensando que tiene que alimentar trabajadores y no tiene que llegar a hacer comida. Hay unas que les gusta mucho alimentar porque no les rinde en el cafetal, y la cocina sí les gusta. En mi caso, a mí me estresaba, porque uno tiene que estar pendiente de las horas de las comidas y hay algunos que son resabiados, le voltean a uno la comida en la cara o hablan mal de la comida, entonces uno como que más bien se abstiene mucho de eso. A veces, para alimentar hay que conseguir fincas de alimentación. Hay fincas muy grandes y tiene sus casas de alimentación, si yo quiero alimentar pido una casita de esas para alimentar, se trastea uno y consigue los trabajadores. Si el patrón dice que se necesitan veinte o treinta trabajadores, le toca al marido de uno conseguirlos. Yo llegué a hacerlo, pero a mí no me gustó por la niña y el niño. En ese ámbito se manejan mucha clase de trabajadores y hoy en día hay muchos peligros. (Entrevista, Luz Miriam Rendón, centro poblado de Tapartó “La 80”, 14 de octubre del 2019).

Tres mujeres entrevistadas manifestaron sentirse más seguras si iban a trabajar en compañía de un hombre, en esos casos, el hermano, esposo o un amigo. Luz Miriam, la anterior mujer, por ejemplo, no va a trabajar sin compañía de su esposo:

En esta cosecha trabajé con alrededor de sesenta personas, entre hombres y mujeres. Uno como mujer, cuando se va a recoger tiene que manejar mucho el respeto, darse al respeto, uno saluda, si hablan con uno se responde lo necesario, y manejar mucho el respeto para que lo respeten a uno; y como yo ando es con el marido mío, no se ha llegado el caso del morboseo ni nada. A la mujer le toca poner la barrera: está el saludo, está la conversa, a uno le preguntas cosas los muchachos del Tolima, del Huila, de Manizales, de Bogotá, eso se reúne mucha gente, entonces a uno le preguntan cosas. Uno tiene su barrera. Siempre voy a trabajar todo el año, hasta el mes de mayo, cuando mi esposo no puede ir, yo no voy. Ya en mayo él se va a coger café al Huila y yo me quedo con los hijos (Entrevista, Luz Miriam Rendón, centro poblado de Tapartó “La 80”, 14 de octubre del 2019).

Muchas veces, las mujeres solteras que trabajan recogiendo café se sienten desprotegidas. Liliana, por ejemplo, se siente generalmente segura en su lugar de trabajo. Aun así, recientemente terminó la relación de pareja con su exesposo, quien representaba una figura de protección para ella no solo en el trabajo sino en la casa:

Las otras personas siempre han sido bien conmigo, los señores que estoy alimentando son muy decentes y colaboradores, una bendición. He escuchado que muchas dicen que las irrespetan, pero a mí no me ha tocado. Donde he estado, he estado tranquila. Puedo estar con los hombres que sea o la única mujer que haya, y jamás nadie me ha faltado al respeto. A veces uno se siente, un poco desprotegido. Yo tuve mi hogar, y cuando tu tienes un hogar esa pareja es tu protección y apoyo. Nunca me tuve que quejar de mi esposo, porque me tratara feo o algo así, en ese sentido también fui bendecida. Los problemas con mi esposo siempre eran porque se quedaba en la calle tomando, cosas así. Mi mamá sí lo vivió mucho con mi papá, mi papá siempre la trataba feo, eso lo vi en mi casa, vivíamos en la misma vereda donde estoy ahora. Yo decía: el día que yo tenga un hogar, no va a hacer como el de mi mamá, no voy a permitir esos maltratos, voy a ser muy independiente...y así fue. En ese sentido, así me toque trabajar en esos trabajos duros para uno como mujer, siempre he sido independiente, también cuando estaba mi esposo. (Entrevista, Liliana Berrío, Puente Nuevo, 6 de octubre del 2019).

Si bien la mayoría de las mujeres afirmaron haber sido acosadas alguna vez en su vida, estos abusos no pasaron a mayores circunstancias. Los diferentes tipos de violencia se evidencian en sus relatos; sin embargo, unas mujeres más que otras presentaban mayor victimización, muchas veces, alrededor de personas de confianza de su mismo círculo social. Dora Ramírez reconoce haber sentido acosada por un trabajador que alimentaba en la finca de su esposo:

Una vez, me pasó con un trabajador, que cuando mi esposo salía, él cada ocho días me llegaba con la bolsa de mecato, eran fresas y chocolates, y yo: “No, me hace el favor y me respeta”, y él: “Ah, es a mí me gustan las mujeres casadas como usted, ¿usted por qué no me acepta una invitación a salir?”. Yo le estaba cogiendo como miedo, yo pensaba, donde mi esposo se vaya y me haga algo. Yo le conté a él: “Pilas con ese man, que no hace sino decirme cosas” Entonces una vez mi esposo me dijo que iba a fingir que se iba a ir para ver qué hacía el otro, y sí, llegó a decirme cosas. Entonces mi esposo le dijo: “No, pues, qué hermosura usted, respete, no sea descarado, cogió sus cosas y se me fue ya” Por ese lado, me sentí como rara. Yo le doy gracias a dios que mi esposo no es celoso, hubiera sido otro, va y lo mata. Pero no, él le habló de buen modo y le dijo que se fuera. Yo le decía una y otra vez: “No, qué pena, yo soy una mujer casada, respéteme”, pero él era insistiendo. De resto, nada más, gracias a dios. Yo le servía la comida y se me entraba hasta la cocina, le

decía yo: No se me entre, hágame el favor. Me decía él: Pues sáqueme. Y yo pensaba, no, de pronto, sí me hace alguna cosa. (Entrevista, Mujer Rural Cafetera, Dora Ramírez, vereda La Solita, Tapartó, 10 de octubre del 2019)

Se hace evidente a través de estos testimonios, la diversidad de formas de pensar y de interpretar su realidad inmediata de las mujeres cafeteras del corregimiento. Gran parte de las mujeres entrevistadas no habían sufrido ningún tipo de violencia que hubieran desencadenado otro tipo de problemas como psicológicos o físicos, sin embargo, esta situación nos permite preguntarnos cuáles son las razones para que algunas mujeres sufran más que otras a causa de la violencia de género o estén más expuestas a ella. La investigación permite afirmar que la autonomía económica, una mayor sensibilización en el hogar de formación alrededor de la dignidad como mujer, unos criterios de selección de la pareja más acordes a la ética y la posibilidad de estudiar y emplearse, son parte de estas razones que pueden llegar a disminuir la violencia contra el género femenino.

Fueron 29 mujeres entrevistadas, de las cuales sobre tres escribí las crónicas de largo aliento. Esta selección, que se fue dando paulatinamente con las entrevistas, se debió a tres factores: presentar casos de violencia de género en cualquiera de sus tipologías; disponibilidad de tiempo para los encuentros a pesar de sus compromisos con el hogar, el trabajo y la familia y, finalmente, disposición para compartir sus testimonios de victimización e historias de vida.

El trabajo que sigue a continuación reúne, a través de tres crónicas de largo aliento, las historias de vida de tres mujeres cafeteras del corregimiento de Tapartó. En las voces de ellas, encontrarán sus anhelos, sus luchas, sus recuerdos íntimos, sus alegrías, las trabas que les ha puesto el camino, las violencias de las que han sido víctimas y sus agresores.

Esta investigación plasma las historias de las mujeres rurales del corregimiento que muchas veces quedan invisibilizadas en medio de una dinámica económica que puede llegar a ser violenta contra ellas. Los medios de comunicación de la región cada año hacen registro de las cifras económicas que dejan la temporada de

cosecha para el municipio. Sin embargo, poco se habla de otros fenómenos que se dan en medio de esta y de las afectaciones contra el género femenino.

Esmeralda

*Me estremeció la mujer del poeta, el caudillo.
Siempre a la sombra y llenando un espacio vital
Me estremeció la mujer, que incendiaba los trillos
de la melena invencible de aquel alemán”*

Silvio Rodríguez

A las cinco de la mañana, en el centro poblado del corregimiento de Tapartó, Andes, solo se oye el cacareo de los pollos. En noviembre del 2019, a 1.552 metros sobre el nivel del mar, las mañanas del corregimiento son frías. El aire helado de la madrugada empaña los vidrios de las ventanas de las casas y la lluvia nocturna ha humedecido la carretera sin pavimentar de la calle La Cuarenta. En el corregimiento cafetero, la nomenclatura vial y domiciliaria poco importa para ubicarse: los principales nombres de referencia que se escuchan entre los habitantes son La Ochenta, La Cuarenta, El Parque, Jodido, Camacho, La Bola, Esquina Blanca, Esquina Roja, Los Oquendo. Se guían por el nombre de los negocios y los nombres que ellos mismos les han puesto a las calles.

Me abrigo, salgo de la casa y el barro se acumula en mis zapatos deportivos mientras camino dos cuadras hasta la casa de Esmeralda Pérez. Dos hombres recolectores de café bajan por la calle y caminan en silencio cuando se cruzan conmigo. Del costado derecho, una mujer se aproxima con un niño que aparenta tres años. Tanto los hombres como la señora y el niño están vestidos con ropa desaliñada y botas pantaneras. Los pierdo de vista y avanzo entre la tierra humedecida. Cuando giro por la calle, a lo lejos se abre ante mis ojos una gran hilera de montañas grandes y reverdecidas por los árboles de café. Vuelvo a cruzarme con otro par de recolectores antes de llegar a mi destino. Toco la puerta y Esmeralda me abre. Ella es recolectora de café desde pequeña y me permitió acompañarla a recoger grano a la finca de Aurelio Marín. Está vestida con un pantalón negro desteñido y una blusa rosada manga siza, que deja al descubierto un tatuaje: “Esmeralda y Nelson”. Ella luce apresurada mientras se peina el cabello ondulado castaño claro. Se devuelve rápidamente a la habitación y se para frente al

espejo de tamaño cuerpo entero. Jader, su hijo mayor, de 13 años, está acostado en la cama jugando con los perros.

La casa es pequeña, está en obra negra y tiene dos apartamentos. Esmeralda vive en el fondo. El apartamento tiene una habitación pequeña, una cocina, un baño y un patio estrecho. En la habitación, Jader y Esmeralda duermen en la misma cama. Tres de las paredes de cemento están colmadas de afiches, cuadros y fotografías: el arcángel san Miguel, la santa madre Laura, un crucifijo tamaño mediano de Jesucristo; fotos de Jader y Willy, su hijo menor, de seis años, en varios de sus cumpleaños, otra en la graduación de educación primaria de Jader; un corazón hecho en papel cartulina que dice “Feliz día de las madres”, junto a una rosa plástica roja y un escapulario; recortes de periódico sobre el significado de los sueños: “¿qué significa soñar con viajar?”, “¿qué significa soñar con el mar?”; una repisa de tres tablones de madera hecha en un recuadro dentro de la pared, cargada de peluches, cajas de gotas oftálmicas, esmaltes, empaques de cremas, perfumes y otra rosa. A un extremo hay un armario y una pequeña mesa con ropa dispersa.

—¿Quiere cafecito? —me ofrece mientras continúa peinándose.

—Sí, le recibo, gracias —le respondo.

—¿Oiga, y usted piensa meterse con esos tenis a los cafetales? —expresa con sorpresa en los ojos.

—No tengo botas —me excuso.

—¿No le servirán unas botas de Jader?

—Bueno, me las puedo probar —le contesto y ella se va hacia el fondo del apartamento.

—Mire, estas son las únicas que hay limpias... Este güevoncito en estos días que fue conmigo dejó las otras embarradas —vuelve y me entrega unas botas pantaneras talla 36. Me siento sobre su cama y me las mido, me quedan bien. Recuerdo cuando días antes me atendió y, sentadas sobre la cama, me contaba de las dificultades que tenían las mujeres en el oficio cafetero.

* * *

Siempre he vivido en Tapartó y recojo café desde pequeña. Ahora turno el trabajo donde me llaman, que es en la finca de Carlos Arroyave, a la de Aurelio Marín o donde Adrián que le maneja la finca a Pacho Henao. Lo más difícil es cargar el café desde el cafetal hasta el lugar donde lo pesan. Yo no dejo de trabajar en ninguna época, así se acabe el café sigo trabajando. Durante la cosecha se trabaja todos los días contratado; cuando termina lo llaman a uno para trabajar el día, hay graneos⁶ en las fincas, pagan diario con deschuponar,⁷ abonar,⁸ fumigar, y así, ponen a hacer esos trabajitos. Uno toma esos trabajos al día porque hay que ir buscando los cien mil o los cientocincuenta mil pesitos, que es lo que le pagan el día, ahí no hay día perdido; mientras que uno se pone a kilear⁹ en época de graneo, coja por ahí 10 kilos o 20 kilos, a uno kileando no le da para tres bocas en la casa. Algunas veces me llaman para fumigar. Me ponen a jalar manguera¹⁰ o a preparar los venenos. Tomo tres o siete clases de venenos¹¹ y los echo a una caneca, a veces me ponen a hacer eso.

En este momento casi siempre trabajo en la finca de Aurelio Marín. Para qué voy a ponerme a hablar mal de los compañeros de trabajo; ni de los patrones tengo que decir absolutamente nada. Me ha tocado andar con bastantes combos¹² y me han respetado. Por lo que uno se siente un poco inquieto es para uno orinar porque verdaderamente no hay para dónde pegar. Si usted pega pa' arriba, hay trabajadores. Si pega pa' abajo, hay trabajadores. En ese momento no hay cómo volarse, eso es lo incómodo. O cuando uno está enfermando en el mes para cambiarse la toalla, eso sí son las cosas más horribles que uno puede tener. Le toca uno buscar los tajos¹³ donde los trabajadores ya han estado, los tajos que ya están solos. Le toca a uno retirarse bastante del grupo.

⁶ Actividad de recolección posterior a la cosecha cafetera, donde se recoje café en cantidades menores.

⁷ Quitar los chupones a los árboles de café, que son los vástagos que brotan de las ramas principales y consumen mucha energía solar

⁸ Poner fertilizante en la tierra. En Colombia, la pulpa de café cumple un papel fundamental en el abono cafetero.

⁹ Otra forma de nombrar a la recolección de café. Los granos de café son pagadas a los recolectores por kilos.

¹⁰ Esparcir las sustancias de fumigación en los cafetales.

¹¹ Sustancias usadas para la fumigación.

¹² Grupos de recolectores que se reúnen para transitar las trochas hasta los cafetales y realizar juntos la recolección.

¹³ División del terreno donde se encuentran sembrados los árboles de café.

Muchas veces en una parcela¹⁴ hay hasta cien y doscientos trabajadores, ¿pa' dónde pega uno?, si todos los tajos están ocupados. Uno a veces se va a orinar y es con esa desconfianza, no falta el trabajador que de pronto esté en cuatro patas, por ahí gateando a ver quién orina. Eso es lo más difícil. Cuando estoy muy acosada, yo me pego la volada quién sabe pa' dónde, pero uno es con esa dificultad para orinar. Ah, no, es que los hombres sacan esa manguera y ya. A uno sí le toca buscarse un rinconcito para cambiarse la toalla, o saber hasta qué punto puede uno aguantarse y luego volarse pa' la casa. Allá donde estoy trabajando, la señora es toda mala clase y no es conocida mía como para uno decirle que le preste el baño. Como estoy andando con un viejito por allá, el viejo me pesa el café y yo me vengo pa' la casa, antes de que se me pase y me manche. Así me sucedió esta semana, me tocó dejar ese café por allá y venirme porque se me había pasado eso.

En ese sentido, esa es una de las mayores dificultades que uno puede tener en una cafetera. Eso y la cargada. Hay fincas y parcelas en las que a uno le toca cargar el café desde los tajos hasta la propia hacienda y uno enfermo de mes o con ganas de orinar, a veces a uno le toca aguantarse mucho. Yo recojo alrededor de ciento cincuenta kilos al día, y luego cada uno de los trabajadores baja con su estopada¹⁵ hasta la finca o hasta las pesas que están a veces más cerca a lo largo de la trocha. El viejito que anda conmigo me ha colaborado mucho cargando el café. Pero de resto cuando estoy andando sola, me toca cargar el café hasta el pesadero.¹⁶ También hay hombres que le colaboran a uno pero lo hacen con el interés de que de pronto suceda algo entre los dos, entonces se atiende uno a andar con una persona que le colabore con cargar café para que luego deba pagarle el favor.

* * *

Cuando Esmeralda y yo estamos listas, salimos de la casa a las seis de la mañana y caminamos alrededor de veinte minutos hasta la finca de Aurelio Marín. La finca

¹⁴ Porción del terreno compuesto por varios tajos.

¹⁵ Carga de café empacada en una estopa o costal

¹⁶ Lugar donde pesan la carga de café

está sobre un terreno amplio, cerrada con una reja negra. A un costado Esmeralda sube a una cepa y atraviesa con naturalidad, ya acostumbrada, una abertura que la reja no alcanza a cubrir. Se abre ante la vista un camino largo flanqueado por macizos de arbustos verdes y vivaces. Al lado izquierdo del camino está la finca compuesta por una casa, un establo y un patio grande cementado. En el establo, un señor apila pulpa de café con una pala, que es el principal subproducto del café, utilizado para la producción de fertilizante orgánico (abono), alimentación animal o compostaje.

El tajo donde Esmeralda está recogiendo café esa semana está montaña arriba, a hora y media de camino. No empezamos el trajín hasta que llega uno de los recolectores de confianza, conocedor de la finca y del camino hacia el tajo. A las seis de la mañana empieza la travesía por la trocha, caminamos en silencio, la marcha es presurosa. El señor que nos acompaña se adelanta unos metros y Esmeralda merma el paso, esperándome un poco. A los diez minutos de caminata, ella aún luce reposada mientras yo empiezo a agotarme rápidamente. Alrededor de nosotras se ven montañas sembradas de café y una que otra finca a lo lejos. A nuestro lado derecho, hay un gran despeñadero y unos cuantos árboles y arbustos que sirven de valla.

En la propiedad de Aurelio Marín seguimos caminando montaña arriba. Veinte minutos más tarde, y sin divisar al señor que nos acompañaba, me siento incapaz de continuar y aún falta una hora de camino. Me excuso y le pido que continúe y acordamos una cita cuando ella trabaje en un tajo más cercano. Las gotas de sudor ya se acumulan en su frente y su respiración se ha hecho pesada. Deshago sola el camino que hicimos juntas hasta la finca con las botas embarradas a la altura del tobillo y regreso a casa avergonzada con Esmeralda. Medito un poco en que ella no puede hacer lo que yo hice: no logré subir una hora más hasta el cafetal, entonces vuelvo a la comodidad de mi casa donde fácilmente encuentro comida y techo sin tanto esfuerzo.

La primera vez que conversamos fue en su casa. Hablamos sobre sus dos hijos y los padres de ellos. Jader nació de una relación que no duró mucho con un hombre del que no volvió a saber. Ahora Jader tiene 13 años y estudia en la Institución

Educativa Tapartó del mismo corregimiento. Es inquieto y despierto. Por su parte, Willy, de seis años, pasa a primero el siguiente año. Ha sido muy enfermizo; a su padre, Esmeralda lo conoció mientras trabajaba en una finca en La Rochela, vereda de Betania que colinda con el corregimiento de Tapartó. Esta es la historia que ella me contó.

* * *

Conocí a Toño, el papá de Willy, trabajando en una finca que él manejaba en La Rochela. Yo empecé a andar con él en ese tiempo. Desde que él me conoció me distinguió siempre como mula para trabajar, es decir, buena para el trabajo pesado. Por eso creo que él me tenía nada más por el buen trabajo. La finca que manejaba era de su hermano, pero él decía que era de él. Una vez cogió a la yegua de la finca a punta de pata; le decía yo:

—Deje de estarle tirando tan duro a ese animalito.

—Siga diciendo alguna cosa, que a usted también le tiro —me respondió.

—Entonces venga tíreme —le dije. En otra ocasión fue lo mismo. Cogió la yegüita a planazos, dele y dele; “¡hijuetantas!”, le decía al animal.

—¿Sabe qué le va a pasar a usted en estos días con ese animalito? Dios no lo quiera, a usted se le va a voltear ese machete y va a cortar a la yegüita, la va salir lastimando — volví a decirle.

—Y si me toca darle a usted, también le doy —dijo delante de la comadre mía.

—Ah, pues, venga deme —le respondí yo. Al final, salió cortando al animal, terminó comprándole remedio y se excusó diciendo que un vecino se la había lastimado. Ese era el tirito de él. Yo me aburrí de eso y me salí de esa finca. Me fui a trabajar donde Adrián, donde ya había trabajado casi siempre. Como no le quise seguir ayudando allá en la finca, comenzó a decir que yo era la moza de Adrián, que me revolcaba con él y ese escándalo casi acaba con el matrimonio de Adrián. Fui donde Toño y le dije: “Si lo de nosotros se va a desbaratar que se desbarate, pero no se ponga a dañarle el matrimonio a otra persona. Los otros no tienen por qué pagar por nuestros problemas”. Y después fui a hablar con Sandra, la señora de Adrián.

—Si llega a escuchar un comentario extraño, no vaya a dejar a su esposo, que yo con él nunca he tenido nada —le dije.

—*Mera*, las cosas no son así, ya usted ha trabajado mucho tiempo aquí y nunca la he visto con confianzas con Adrián, por eso no se preocupe —me respondió ella. También Adrián me comentó que eso tenía hasta demanda, pero mejor no meterse en problemas. Igual eso quedó así.

Después de dejarme con Toño, él volvió a la casa a pedirme perdón. ¿En qué resultó el perdón que me pedía? Pues que él necesitaba dinero para pagar los intereses de un préstamo de tres millones que hizo en el banco para poder trabajar en una mina en La Rochela. Que se iba a hacer rico con eso y que esto y lo otro. Entonces le llegó el día de pagar la plata y él sin un peso. Me estuvo pidiendo que le sacara las escrituras de la casa a mi papá para él hipotecarla.

—Yo no puedo hacer eso —le dije.

—Amor, ¿entonces de dónde voy a sacar esa plata? No tengo quién me la preste.

—Si a usted le van a tirar por esa plata, si quiere coja la tortuga, mire cuánto hay ahí y lleve esa plata, pero se la presto —le respondí yo. La tortuga era la alcancía a la que yo le echaba monedas y billetes cada que podía. No contó la plata en la casa sino que se llevó la alcancía. ¿Qué fue lo que me dijo después? Que en el banco no le habían dicho cuánta plata había, sino que se la habían pesado.

—Muy raro, yo he ido a cambiar monedas y allá le dicen a uno cuánta plata hay.

—Ah, no, amor, a mí no —dijo.

—¿No?, ¿entonces dónde cambió usted esa plata?

—En aquel banco enfrente del parque de Andes —me dijo. Cuando fui averiguar, yo tenía la razón y cuando le conté, me embolató con que había cambiado las monedas por billetes en tres lugares distintos. Al final nunca me pagó y eran los ahorros míos. Y terminó diciendo que yo lo había robado, pero bueno, Dios proveerá, como dice el cuento.

Por esos días, mandó un señor a la casa a amenazarme, a decirme que lo dejara en paz, que tenía a una muchacha embarazada en otro lado. Yo seguía reclamando mi dinero y me dijo: “¿Es que está muy ardida, perra hijueputa?”. Y me fui cansando de tanta pendejada. En ese entonces siempre tuve problemas con las pastillas de

planificar porque me atrasaban el periodo y me lo alteraban. Algunas veces me venía, en vez de sangre líquida, unos troncos secos como de polvo. Me fui para Andes donde un farmaceuta que me recomendó cambiar de pastillas y me indicó en qué tiempo tomármelas. A las semanas resulté en embarazo.

—Usted es una maldita boba —me insultó Toño cuando se enteró.

—Pues sí, Toño, porque si no fuera boba y tonta no hubiera quedado en embarazo de usted —le dije.

—Si está muy aburrida con ese hijueputa embarazo, entonces aborte esa chimbada.

—Ojalá fuera capaz de abortarlo pero ya con el tiempo que tengo qué voy a abortar a mi hijo —le respondí, porque ya iba entrando a los seis meses de embarazo.

Desde eso, ha sido una peleadera con él. Me dijo una vez que él no me quería, que lo que tenía conmigo era por el niño. Entonces me dejé definitivamente con él.

* * *

Esmeralda recoge café de lunes a viernes. El fin de semana comparte el tiempo con sus hijos. Una semana después de acompañarla a trabajar, Esmeralda me contó que ya habían terminado con el tajo de la vez pasada y que el patrón del surco los ubicó en uno más cercano. Vuelvo a acompañarla a recoger café una mañana neblinosa de principios de diciembre. Las luces de navidad adornan las casas pero las calles están oscuras a las cinco de la mañana. Una llovizna cae sobre las gentes que continuamente transitan a pie y en motos con su ropa de trabajo. En el camino hacia la casa de Esmeralda, tres colectores se montan en una motocicleta, uno de ellos tiene un machete colgado a un costado de la cintura y un radio colgando del cuello; otro va con un canasto de plástico en las manos, más conocido como coco que se usa en la recolección.

Cuando entro a la casa de Esmeralda Jader está acostado en la cama vestido con ropa de trabajo, aprovechándose de que su madre aún está en la cocina empacando el desayuno y el almuerzo para los dos. Él la acompaña a trabajar toda la temporada de vacaciones del colegio: “Es pa’ que no se me quede por ahí en la calle. Hay que irle enseñando el estudio y el trabajo, que el día de mañana si no encuentra un trabajo no vaya sufrir”, me dice ella, me ofrece café con leche y vuelve

a prestarme las botas y un sombrero para el sol. En la cocina, Esmeralda trajina con la radio sintonizada al ritmo de música parrandera paisa en la voz de David Correa:

*Prendan pues esa parranda, pa' zarandear a Jesusa
que hoy voy a tomar cerveza, aguardiente y tapetusa.
La mujer que a mí me quiera y que me quite esta gana
yo juro que la voleo, hoy, esta noche y mañana.
Cuando mi plata se acabe, toca ir a trabajar,
pues si hay que empeñar yo empeño, pero aquí vuelvo a gastar.
¡ójiganlo allá en Concordia, amigo! ¡Y en Amagá, qué pasa pues, ombe!*¹⁷

Un rato después, salimos los tres hacia la finca de Aurelio y en el camino nos topamos con varios vecinos y colegas de ella que la saludan: “Mera, buenos días, ¿bien?”. Tardamos unos minutos en llegar a la finca. El manejador le entrega a Esmeralda su equipo de trabajo: dos canastos de recolección y dos campeones.¹⁸ Un momento después emprendemos el ascenso hacia el tajo. En el trayecto se nos suma un compañero de corte de Esmeralda y caminamos media hora hasta uno de los pesaderos, donde pesan el café al terminar la jornada. Cuando llegamos hay dos hombres y una mujer escampándose de la llovizna. Están sentados alrededor de la tolva de hormigón, donde en el interior está la boca del cafeducto subterráneo que comunica los cafetales con la despulpadora que está en el beneficiadero de la finca, área donde realizan los procesos posteriores a la recolección.

Pasados unos minutos, cuando deja de llover un poco, todos empiezan a organizarse para trabajar. Esmeralda saca de su maletín unos trastes y se sienta a desayunar con Jader. Al rato saca bolsas de plástico grandes y le pasa a Jader algunas. Las bolsas tienen un agujero por donde se mete la cabeza y se la cuelgan como si fueran ruanas largas. Ambos se ponen dos capas de bolsas como protección para la lluvia. Están vestidos con camisetas manga larga debajo de una camiseta sencilla y botas pantaneras. Esmeralda toma una camiseta del maletín, mete solo la cabeza y se amarra las mangas en la nuca, simulando un

¹⁷ Canción *El viejo parrandero* de David Correa de 1965.

¹⁸ Cinturón que los recolectores se ajustan a la cintura para sostener el canasto.

pasamontañas para protegerse el rostro y el cuello de los moscos y el sol. Después, le entrega el canasto y la estopa a Jader y ella toma el mismo equipo para ella.

Cuando inicia la jornada de recolección, ascendemos unos metros más entre los árboles de café hacia el surco que le corresponde. Las ramas nos pegan en el rostro y la tierra es resbaladiza a pesar del agarre de la suela de las botas. Ya en el surco, Esmeralda y Jader se ajustan los canastos al campeón y se ubican en un árbol de café. Para diciembre, los granos maduros de café ya son pocos en los árboles. Mientras Esmeralda llena un canasto de café en una hora, Jader lo hace en dos. Un canasto lleno corresponde a doce kilos y el kilo lo están pagando para ese año a quinientos pesos.

A lo largo del surco se puede ver a los otros recolectores trabajando. Cauca, apodo de un colega de Esmeralda, se acerca a saludar y a recoger con nosotros. Viene desde Popayán, en el suroccidente de Colombia, a trabajar a tierras antioqueñas. En otras épocas del año su labor consiste en raspar coca en su tierra natal. Él es el compañero de Esmeralda que a veces le ayuda a cargar la estopa llena de café hasta el pesadero, el “viejito”. El día transcurre y llega el mediodía, la hora del almuerzo. Para esa hora casi todos tienen al menos una o dos estopas llenas.

—¡Venecos, bajen pues que los dejan sin almuerzo! —le grita Cauca a un grupo de venezolanos que tardan en bajar a la repartición de la alimentación que cada recolector paga por trece mil pesos diarios y que incluye las tres comidas del día en la finca. Esmeralda ya ha llenado su estopa, la que almacena hasta cincuenta kilos. Jader recogió la mitad de café que su mamá. Cada uno se echa la estopa al hombro y comienza a descender entre los árboles de café. Esmeralda se prende de las ramas con la otra mano y se resbala dos veces en el descenso: “¡Agh, pero vea, yo no sé qué me pasa hoy!”, expresa mientras se levanta con esfuerzo y continúa bajando. Cuando llegamos al pesadero, hay una fila de estopas enumeradas y llenas, y varios recolectores están sentados sobre ellas para descansar y almorzar. Esmeralda saca del maletín el almuerzo de su hijo y el de ella y, sentados sobre sus estopas, almuerzan al calor del mediodía en medio de la trocha, para luego disponerse a volver a trabajar al menos tres horas más, antes de terminar su jornada de recolección del día. Miro a Esmeralda y luce agotada, con el rostro

colorado y sudoroso. Pienso en su historia y en cómo su vida continuó después de dejar al papá de Willy, su hijo rubio y crespo que nos escuchaba hablar aquel día sentadas en su cuarto, como quien no entendía del todo pero opinaba sobre las preguntas que yo le hacía a su madre. Para Esmeralda, la vida continuó con una familia que mantener económicamente y asumiendo la libertad que sintió al estar sin Toño.

* * *

Por acá en el pueblo más de uno dice que yo soy una sinvergüenza. No se lo voy a negar, después de que me dejé con el Toño, me descarrié. Cuando yo me dejé con ese man, verdaderamente ya no tenía a quién respetar, entonces era libre de mi misma. Willy se quedó con el papá y yo me fui con Jader a vivir a Caldas con Fabio, un señor de allá que era maestro de obra civil. Pues resultó que era evangélico. El señor no lo trataba a uno mal, pero con él no pude hacer vida porque yo, conversando con las amigas, les decía: “Ah, güevona, que tal cosa”. Luego decía él: “Ah, qué pendejada con usted, a mí no me gustan esos tratos”. Yo bregaba a no hacerle dar rabia al señor, cuando yo le decía cualquier cosita a él, ya con eso lo estaba ofendiendo. Se ofendía con cualquier cosa, así yo bregara a que no, y pensé: “¡Ah, no, aquí no hay nada tampoco!”.

Una vez Fabio me dijo que metiéramos a Jader a un internado pero que si lo metía yo no tenía que estar yendo a verlo, que lo dejara encerrado unos ocho años a que él estuviera grande, que porque con Jader allá en la casa no teníamos privacidad. En ese entonces, Jader tenía como nueve años. ¡Pero cómo iba a dejar al niño por allá tirado! Eso no me gustó. Entonces volví y me lo traje para Tapartó, lo dejé con la abuela y volví un tiempo a Caldas a vivir con Fabio.

Fabio a la iglesia iba y oraba, tenía su biblia y todo, pero a él le gustaba tener mujeres. Cuando yo venía a Tapartó a visitar a mi mamá y a los niños, apenas volteaba, ahí mismo Fabio tiraba una vieja al rincón. Me enteré porque yo dejaba el tendido de la cama todo limpio y cuando volvía me tocaba lavarlo porque lo encontraba chorreado y vuelto nada. Además, una vecina también me lo dijo, que apenas yo salía de allá, él entraba a una muchacha de pelo largo, blanca, delgada y

muy bonita. Un día de tantos, Fabio me pidió la comida y en la cocina no había casi nada para hacer de comer ni para darle sabor a nada. Entonces le cociné caldo y un arroz, unas papitas rebanadas y unas yucas. Lo único que tenía para sacarle sabor era una hojita de apio y sal, entonces lo hice con eso. Me va diciendo:

—¡Eh! qué comida tan fea.

—Ah, mijo, por Dios. ¿Cómo quiere que le ponga esa comida bonita sin haber la forma? No hay maggie, no hay tomate, no hay nada —le dije yo. Entonces un compañero del trabajo de él que vivía con nosotros le trajo un poquito de lentejas. ¡Hombre!, yo hubiera preferido tomarme el caldito que yo le había hecho que esa sopa de lentejas, todas negras, sin color, ni papa. Y al verle la felicidad con la que se comió esas lentejas, al otro día me levanté, lo despaché para el trabajo, empaqué mis mechas y me vine.

No tardó en llamarme, todo el día me marcó al celular pero yo lo había apagado. Cuando por fin le contesté la llamada, me dijo:

—Mujer, ¿usted dónde está?

—Estoy por acá trabajando en una finca en Betania —le dije para quitármelo de encima, pero yo estaba en Tapartó.

—¿Cómo así, y en qué parte de Betania?

—Yo no me acuerdo cómo se llama, es una finca muy lejos —contesté.

—¿Usted cómo hizo para irse sin plata? Mujer, véngase, deje esa bobada, usted por qué es así, ome, ¿de dónde sacó plata? —me preguntó.

—Yo tenía algo de plata

—Deje esa bobada, véngase otra vez, cómo se va a ir así como Judas, que salió y no dijo nada, usted por qué se fue, ¿qué le chocó? —dijo.

—Vea, lo que me chocó fue que me rechazó las tajadas de papa y las tajadas de yuca para comerse una sopa más negra que la que yo le había hecho, yo hubiera preferido mil veces comerme esas yucas con ese amor que se las hice, que comerme esa sopa negra —le dije.

—¿Por eso fue que se enojó? Deje esa bobada —me respondió.

—¿Sabe qué, Fabio? Dejemos las cosas así, nosotros no nos podemos entender —le dije y colgué.

De todos modos, no se acabaron ahí las cosas. Él se fue a vivir a Medellín y terminó convenciéndome de volver. Una vez estando toda enferma, con dolor de cabeza, a las once de la noche me preguntó que qué había para comer. Le serví una taza de aguadepanela y él la cogió y la tiró al suelo. ¡Yo no iba a aguantármelo tampoco! Llamé a mi papá y le pedí dinero prestado. Ahí mismo Fabio reviró:

—¡Su papá es muy alcahueta!, yo tengo una hija ya mayor y cuando tiene problemas con el marido, no corro a mandarle plata, ¿para qué cogió obligación con ese señor entonces? Que se defienda sola.

—Vea, pues, eso va de padres a padres, el mío es diferente —le dije y ahí sí le terminé.

Cuando me dejé con Fabio, me vine a trabajar de lleno a Tapartó. En la finca donde trabajaba conocí a un muchacho con el que tuve solo una aventura porque no quería irme a vivir con nadie, hasta que, al tiempo, ahí mismo en la finca, conocí a Nelson. Nelson desde el principio comenzó a meterme el diente por un lado y por el otro.

—Hace mucho tiempo usted me cae muy bien, ¿por qué no nos cuadramos? —me propuso.

—Vea, Nelson, yo le voy a decir una cosa, yo no me cuadro con usted por la sencilla razón de que yo ya he tenido bobadas con este otro muchacho, entonces qué me gano yo con juntarme a vivir con usted, o pararle bolas y usted sabiendo que yo he tenido cosas con aquel. Consígase verdaderamente una mujer que valga la pena, yo no quiero conseguir más obligaciones. Quiero seguir mi vida así, en aventuras, yo no quiero tener nada con nadie.

—Mera, ese tiempo tirémoslo al olvido —me dijo y entonces empezamos a conversar. Y luego le dije:

—Pero no vamos tan deprisa, porque nos vamos a vivir o alguna cosa, y ya usted comienza a sacarme en cara eso, que porque yo revolcándome con ese man, a mí no me va a servir eso y a mí una persona que comience a hacerme reclamos, verdaderamente yo no voy a querer seguir con esa persona. Entonces usted es el

que tiene que tomar la decisión. —Sin embargo, yo no volví a molestar con el otro, sino que me quedé con Nelson y nos fuimos a vivir juntos.

Nelson siempre ha sido muy comprensivo. Si yo quiero tener relaciones con él, para él está bien, y si no, no se va a enojar porque no quiera. Con los otros hombres con los que yo he vivido querían que uno estuviera con ellos todo el día, no pegar uno los ojos y cuando uno no quería se enojaban y me trataban mal porque no tenía las relaciones con ellos. En cambio, Nelson no. No es de esas personas tan calientes, no, ¿cómo lo dijera?... tan machistas. Este año ajustamos dos años de estar juntos.

* * *

Cuando me estaba contando esa historia, le entró una llamada desde la cárcel de Andes era Nelson:

—Qué hubo, amor —contestó ella. Él le respondió y ella continuó: —Estaba preocupada porque no me llamaba, ¿por qué lo castigaron tanto hoy allá en el patio? —le preguntó y luego hablaron por un rato más. Casi al final de la llamada ella le dijo: —Pues ahí van, usted sabe que mamá se queja mucho de ese estómago y papá de los pies, también mantiene muy enfermo. Y pues Jader está en la calle y Willy se fue para donde el papá. Yo también estoy bien, ni me he bañado, ni tengo afán, no tengo quién me huela —dijo riéndose. Antes de terminar se despidió: —A usted también, en el nombre del padre, del hijo y del espíritu santo. Chao. —Y Esmeralda colgó.

Nelson lleva dos meses preso en la cárcel municipal. Sobre las razones Esmeralda prefirió ser reservada. Solo comentó que Nelson estaba trabajando en una finca cuando la SIJÍN llegó por él y logró una condena de tres años. “Voy a visitarlo cada quince días. Cuando está metido en esos patios es muy aburridor, muy estresante, una bulla, una algarabía y ese sol. Si uno va a tener relaciones con el marido, allá alquilan una pieza abierta, le ponen unos trapos, el que pase no puede alzar ese trapo, allí hay alguien vigilando. Pero, ay, no, eso a mí no me sirve, qué vergüenza, no hay como uno estar en la casa. A mí me da pena”, me expresa con gesto de preocupación. “La última vez le dije: ‘Yo voy a visitarlo pero yo no me siento capaz

de tener relaciones con usted. Si le gusta así bien y si no le gusta también, para yo no volver'. Y me respondió: 'No, amor, ¡oiga!, prefiero que usted venga, no me vaya a dejar tirado'".

Esmeralda me cuenta que la relación con Nelson es complicada actualmente pero que ella está enamorada de él. "Cuando llegábamos del trabajo, él se iba para la cocina y me ayudaba a lavar los trastes del día que traíamos del cafetal, me ayudaba a hacer de comer, otras veces a lavar la ropa, ¿pero los otros?, se tiraban en esa cama a ver televisión y ya. Nelson es muy cariñoso y nunca lo he visto tratándome mal a los hijos. Esas cosas han hecho que me apegue más a él", me dice. "Yo estaba tranquila intentando vivir sin mayores compromisos, pero en esas se me atravesó Nelson, y ya las cosas fueron más distintas, yo le pido a mi Dios que así esté él allá en la cárcel, yo bregue a manejarle lo mejor que pueda. Eso es lo que yo le pido a Dios", termina Esmeralda.

La relación con Toño, su expareja, empeoró desde que él se ganó la custodia del niño cuando ella, después de un juicio y sin saber leer, firmó un documento donde se la cedió. Hace unos días, la profesora de Willy le dijo a Esmeralda que el niño no estaba viendo bien, que lo llevara a un optómetra. Ambos acordaron que él llevaría al niño al especialista, pero él no volvió a mencionarlo.

—¿Sí va a llevar al niño a la consulta? —le preguntó Esmeralda.

—Hay que esperar a ver —contestó.

—¿Cómo que hay que esperar? Dígame si lo va a llevar, o si no lo llevo yo. Es mejor que lo haga usted, porque así no pierdo el día de trabajo, pero si no lo va a llevar, dígame. ¿Cuándo me lo va a dejar ver? También es mi hijo.

—Para donde se me dé la puta gana de irme, usted lo puede ir a ver, pero yo lo cuido, porque yo sí tengo forma de levantar a mi muchacho y mantenerlo bien, lo que usted no tiene —dice Esmeralda que le dijo Toño.

—En eso se le va a usted la vida, Toño, en decirme eso a cada rato. Cada que le da la gana tratarme mal, pero sabe qué, Toño, ojalá le dure mucho esa plata que usted dice tener, que no lo tenga que ver por ahí pidiendo limosna —le respondió.

Según Esmeralda, las discusiones con Toño son el diario vivir. Por otro lado, ella espera a que Nelson resuelva el lío que lo tiene en la cárcel o a que le rebajen la condena mientras ella trabaja para ella y sus dos hijos. Todos los días, alrededor de las tres de la mañana, se levanta a preparar el desayuno y el almuerzo del día y los empaca en trastes. A las cinco de la mañana empieza su jornada laboral y se dirige hacia una de las fincas donde suele recoger café. Willy continúa viviendo con su padre, pues Esmeralda no logra recuperar la custodia y lo ve cuando su expareja se lo permite. Ella sigue sin poner muchas trabas para no recibir humillaciones y malos tratos. Por su parte, a Jader, Esmeralda le deja el desayuno hecho, él se levanta solo a las seis de la mañana para organizarse e ir al colegio. Al final de la tarde, alrededor de las cuatro, Esmeralda regresa a casa a ayudar a Jader con sus tareas escolares. Esa ha sido, desde hace algunos años, su rutina.

* * *

Amanda

*“Me estremeció la mujer que parió once hijos,
en el tiempo de la harina, y un kilo de pan,
y los miró encurecerse mascando carijos”*

Silvio Rodríguez

El reloj colgado en la pared de la cocina permanece detenido marcando las cuatro y siete minutos, averiado e inútil; entretanto la mañana transcurre sin descanso, la tarde llega sosegadamente y la luna se impone sobre el final de la inacabada rutina en la que se han convertido los días de Amanda. Prontamente, antes de amanecer sobre la finca de tres casas, Amanda se sienta sobre la cama, tantea en el suelo en busca de las sandalias y se levanta a preparar el desayuno para su familia y para los ocho trabajadores que tiene a cargo en la finca.

Durante la cosecha cafetera del suroeste antioqueño, caída la tarde, las rutas de los corregimientos se atestan de recolectores de café, que transitan los caminos y las trochas, en busca de un techo para descansar del sol indomable de todos los días. Para el 2019, ocho de 64 municipios antioqueños productores de café requirieron de al menos 40.000 trabajadores adicionales a los del tiempo ordinario, que no viven en la zona cafetera por Salgar, Betania, Betulia y Andes, que son algunos de ellos. Por eso, la alcaldía en turno del municipio de Andes instaló la carpa de atención al recolector en el Parque Principal Simón Bolívar. Los recolectores provenientes de regiones como el Bajo Cauca, y de departamentos como Tolima, Chocó, Cesar y Magdalena, aguardaban aglomerados bajo la carpa con los morrales a las espaldas, a la espera de que los ubicaran en una de las fincas del municipio donde se solicitaban trabajadores y se les hospedaría con alimentación.

Aníbal Carmona, esposo de Amanda, contrató a finales de agosto algunos recolectores para trabajar entre septiembre y noviembre en la finca donde vive

permanentemente y trabaja como manejador.¹⁹ Salió con ellos desde el Parque Principal hasta la finca, ubicada a siete kilómetros, en los Mangos, cerca de El Bosque; la mayoría se hospedó en la casa para trabajar allí mientras que uno de ellos expresó su descontento y se marchó en busca de otro lugar de trabajo. Son cosas que pueden suceder —me dice Aníbal—: si al trabajador no le gusta el lugar, la comida o el hospedaje, agarra sus cosas y se va.

Los Mangos es un caserío de casas rodeadas de montañas, cerca del camino bifurcado entre la vía hacia Andes y Tapartó. Allí vive Amanda con su familia en Los Vélez, una finca de tres casas azules distanciadas entre ellas por unos cuantos metros y rodeadas por un solar amplio y verdoso. La familia Carmona Ceballos vive en la última casa al extremo derecho; en una de las otras vive Jaime Flórez, el administrador de la finca y en la principal se hospedan el dueño Hugo Arango y su familia cuando vienen de visita al pueblo.

A las dos de la tarde, Amanda atiende mi visita y nos sentamos afuera de la casa en un banco de madera, al pie de una alargada mesa maltrecha que está pegada contra la pared. Es allí donde los trabajadores, sentados en hilera, toman el desayuno y la comida, descansan y conversan. Pero a las dos de la tarde la casa está silenciosa y vacía, nadie conversa ni responde, nadie refuta. Amanda del Socorro Ceballos mira absorta hacia las pequeñas montañas del frente de la casa. Lleva una camiseta negra y raída, una falda marrón oscuro un poco más abajo de las rodillas y unas sandalias azules en sus pies blancos e hinchados debido al ajetreo de los días. Su cabello negro enredado le cae hasta la cintura y ella aprieta la falda entre las piernas.

La familia Carmona Ceballos ha tenido una vida itinerante a través de la zona rural andina. La primera vez que vivieron en el corregimiento de Tapartó, se ubicaron en la vereda La Camelia, en la que permanecieron durante cuatro años. Era el mismo trajín de siempre: los hombres de la casa trabajando en los cafetales y Amanda laborando con la alimentación en la casa. Pero Amanda no vivía tranquila en La

¹⁹ Vive en la finca y se encarga de dirigir la recolección y los procesos posteriores a la recolección cafetera

Camelia. Una de las vecinas le pidió trabajo a Aníbal en el cafetal para una sobrina que estaba desempleada y así, la muchacha se mudó para trabajar como recolectora en la finca de los Carmona Ceballos a los cambuches, habitaciones con camarotes para hospedar a los trabajadores durante la cosecha cafetera.

Desde entonces, Amanda, que se califica a sí misma como maliciosa para esas cosas, pensaba que la muchacha escondía algo. En las noches, cuando todos estaban descansando en la casa, a Aníbal le sonaba el celular y él no contestaba. Amanda, sospechando, le cuestionaba por qué no había contestado y él le respondía que la persona le había colgado. Después comenzaron las ausencias en la casa, Aníbal le decía que debía trabajar todo el día en la molienda²⁰, un salón amplio donde ubican la maquinaria para los procesos posteriores a la recolección de café como la máquina de moler, la secadora y la tostadora, y así reducir el grano de café a polvo. Aníbal regresaba muy tarde a la casa y las discusiones no tardaron.

—¿Qué es lo que pasa, amor? —Le reclamó Amanda a Aníbal por sus llegadas tarde.

—¿Amor? Amor ya no existe para usted —respondió él.

—¿Cómo? — se alarmó Amanda poniéndose en pie y haciéndole frente — ¿Cómo es la cosa?, ¿qué es lo que le pasa a usted?

—¡Coma mierda, lárguese! — dijo Aníbal.

— ¿Usted cree que yo le voy a dejar el campo libre? Pues me quedo con usted — contestó ella.

A pesar de que Amanda lo cuestionaba, Aníbal no le explicaba lo que pasaba, solo la echaba de la casa. Sin embargo, Amanda nunca se fue porque lo quería y porque no tenía más adónde ir. “Aníbal me dio muy mala vida en La Camelia. Yo me mantenía muy estresada porque esa mujer se acostaba con mi marido. Yo no comía, me mantenía flaca. Y esa vieja era de esas casquilleras y cizañeras.” Peleábamos mucho no solo por ella, sino por todas esas viejas que vivían en la finca de agregadas²¹, con más de una me puso los cachos”, cuenta Amanda. “Pero

²⁰ También llamado “beneficio”

²¹ Nombre que se le da a las personas que se hospedan en una casa de la finca para alimentar trabajadores. Se sujetan a la autoridad del patrón, el administrador o el manejador de la finca.

las cosas han cambiado. Antes, cuando estaban los niños chiquitos, él me pegaba mucho. Llegaba todo loco a la casa y me reventaba la boca. Ya no, últimamente se maneja bien conmigo, ya no peleamos”.

Amanda es madre de cuatro hombres: Camilo, Jairo, Andrés y Luis Alberto; y de cuatro mujeres: Ana, Erika, Isabela y Gladys Helena. Perdió dos hijos: uno de dos meses y el otro de siete meses. Sobre los hombres no conversa mucho, Camilo es el menor de todos, tiene 18 años y ahora es el único de los hombres que vive con los padres. La semana pasada, uno de ellos se marchó de la casa por una riña familiar. Camilo recoge café con su papá en el cafetal y pasa un par de veces por donde estamos sentadas con reguetón sintonizado en un radio que lleva colgado a la cintura.

Por su parte, Isabella es la única de las mujeres que vive en la casa, tiene doce años y estudia en la Institución Educativa Tapartó. Después del mediodía, cuando llega la tarde, Amanda espera a que Isabela llegue del colegio en la chiva desde el corregimiento, a 18 kilómetros de Los Mangos. El transporte la deja siempre en la carretera e Isabella camina alrededor de una cuadra por una trocha estrecha y se desvía a la izquierda hasta llegar a la finca. Mientras Isabela estudia, Amanda pasa el día en compañía de Tiffany, su nieta de año y medio, hija de Diana. Las mujeres son las que más están pendientes de Amanda, quien siempre tiene el celular cerca por si alguna la llama. Amanda habla de ellas con la voz quebrada y los ojos encharcados.

* * *

Yo me amaño mucho en esta casa. Me levanto contenta de ver que tenemos un Dios, nuestro Señor, muy grande y poderoso, que me ha hecho mucho las obras con mis hijos porque casi se me mueren dos: uno tuvo un accidente por allá en La Camelia, lo atropelló un carro, estuvo en la clínica y no le cobraron ni un peso; el otro casi me lo matan en Tapartó, lo vieron como nuevo allá y ahí mismo le cayeron. Eso pasó hace por ahí cuatro años.

Tengo cuatro hijas. A ellas algunas veces les va bien, otras veces les va mal. Están solas, sin marido. A mí me da pesar. Dos de ellas, Erika y Diana, viven en La Aguada²², están muy flacas y a mí me parte el alma. Diana trabaja en un chuzo²³ de la Galería y la otra no tiene trabajo. Una me dijo: “amá, no tengo gas”. Le dije yo: “Vea, si yo tuviera plata en este momento le daría, pero después cómo hago para pagar ese celular que saqué a crédito, usted sabe que a Isabela le hace mucha falta ese teléfono para hacer tareas. También me está pidiendo un aparato de esos más grandes²⁴, por mí fuera, yo le daría gusto”. Ellas tienen que pagar los servicios, pagar el arriendo, mercar, y yo no tengo cómo ayudarles. La otra muchacha, Gladys Helena, está con mis nietos mayores en Amagá²⁵ y está trabajando en un restaurante. Me dice “Ma, ¿yo qué voy a hacer?, yo tengo el niño, tengo la niña, no me da la plata”

A veces me chillan a mí. Yo porque aquí estoy alimentando a esta gente, pero cuando termine me voy a poner las pilas, como el cuento, a ver quién le ayuda por ahí a ellas allá en La Aguada, yo les digo: “Abran la boca, díganle a alguna vecina: ‘señora no tengo arrocito, no tengo papita, me regala unas dos papitas o una librita de arroz’. Pero ellas dicen que les da pena, ¡a cualquiera le daría pena! Ahora es que ellas no tienen marido porque estaban ahí cada una con un muchacho, pero quién aguanta unos celos diarios, ¡celosos!, no podían salir ni a la esquina porque ahí mismo les daban el golpe. La una me dijo: “No, ma’, yo lo voy a dejar”, al rato la otra también dejó al de ella. Es que son aburridores. Pero sea como sea, Dios no me va a desamparar ni a ellas, ahora pagan arriendo y pagan el agua, yo no sé cómo hacen pa’ mercar, deben plata a morir. Todas las niñas llegaron hasta quinto menos Isabela, que es la que está estudiando. Erika estudia en la nocturna del Marco Fidel²⁶. Diana estaba estudiando en el sabatino de Tapartó, pero se salió y vendió el uniforme.

* * *

²² Barrio del municipio de Andes

²³ Tienda pequeña de la Galería, zona de comercio en Andes, Antioquia.

²⁴ Un computador portátil

²⁵ Municipio del suroeste antioqueño

²⁶ Marco Fidel Suarez, colegio del municipio de Andes

La casa donde viven los Carmona Ceballos está construida en hormigón, tiene dos cuartos, una cocina, un baño y una sala, que hace las veces de habitación improvisada, con un camastro, una nevera, un armario de madera y un televisor. Amanda y Aníbal duermen en la sala mientras Isabela y Camilo, los únicos hijos que aún viven con ellos, se acomodan en los dos cuartos. En la sala, la cama de Amanda está tendida con una sábana gruesa de cuadros y la puerta entreabierta del armario descubre varias pilas desorganizadas de jeans, camisas y zapatos.

Afuera de la casa, sentada al aire libre, Amanda espanta las moscas con un trapo. Mientras contempla el camino embarrado por donde suelen bajar su marido y su hijo del cafetal, una neblina negruzca sale de la parte trasera de la casa infestando los andrajos que cuelgan de una cuerda que atraviesa el patio. Ella se levanta afanosamente, acercándose al mesón de cemento sobre el que descansa la leña encendida, abre la olla pitadora, toma un cucharón de aluminio y revuelve la mezcla pausadamente. “Ya tengo los frijoles en el fogón casi listos para la comida”, me comenta. El humo se aúna al viento de la tarde en contraste con la vista pintoresca de las montañas más cercanas.

“Acá en este patio don Hugo dijo que nos iba a hacer la cocina”, me dice Amanda señalando el lugar donde cuelgan los harapos. “Estamos aquí en peligro porque mire el fogón donde queda y eso es un barranco de ahí pa’ abajo”, se queja. Cerca del mesón donde está el fogón, un declive del terreno termina en un amasijo de papeles, cartones, vidrios y basura chatarra. Próximo, un delgado riachuelo atraviesa el terreno, humedeciendo la tierra que sostiene la casa de los Carmona Ceballos. “Por ahí se filtra el agua, vea, eso se va debilitando, y cuando arde el día, se tuesta de calor y eso empieza a tajarse. ¡Ay, yo no sé, y Aníbal no abre la boca, pero yo sí voy a tener que decirle al patrón! Esto es como un tugurio”, concluye y se le nota la preocupación. “Si me regalaran un terrenito, así fuera bien pequeño, hacía dos piezas y me acomodaba ahí”, me dice contemplando los bovinos del paisaje de enfrente que se pasean y mascan el pasto, indiferentes a las añoranzas humanas. Allí, en medio de la humareda del fogón de leña, me habla del oficio de alimentar y de los inconvenientes en los lugares donde han vivido.

* * *

Siempre he alimentado. Esta semana alimenté doce trabajadores, la semana pasada alimenté diez, hace quince días alimenté trece, hoy hay como cuatro. Ellos se amañan con la comida y conmigo porque yo los atiengo muy bien. Conmigo nunca han sido groseros, quién sabe por ahí, pero todo el que he alimentado ha sido muy bien. "Ay, madre" me tratan lo más de bien los cambucheros²⁷. "Madre, cómo está", me dicen siempre.

Estuve un tiempo cogiendo café con mi marido, pero al tiempo ya me salí, eso hace ya muchos años. Hace como seis o siete años. ¡Ave maría! Coger café es muy maluco por lo mojado de los caminos, claro que a mí no me da frío, yo estuve enseñada a coger café solo que últimamente no recojo café, sino que alimento. Coger café todo el día cansa, por eso prefiero alimentar que recoger. Cuando no hay cosecha, hago de comer a los hijos. Y cuando hay, vienen forasteros y otros conocidos. Verdaderamente, los trabajadores acá no me gritan, ni me bugan, que ¡vea, doña, esa comida!, nada. Sino que les pongo los tragos²⁸, cargan la vasija con la comida, se los toman y taque pa' adentro.

Antes de vivir aquí en Los Mangos, nosotros vivimos en la Camelia como cuatro años, de ahí nos fuimos para Santa Rita²⁹. Allá nos quedamos como cuatro meses porque nos aburrimos. La patrona de allá no le daba trabajo a mi hijo menor, Camilo, por ser menor de edad, entonces él decía que se aburría sin hacer nada. Me dijo: "Agh, yo me aburro mucho sentado, si la patrona no me da trabajo, yo la voy a despegar³⁰ de aquí" Y le dije: "No, hijo, no nos vaya a dejar" Entonces él se quedó con nosotros por lástima, que para no botarnos por allá a nosotros. Mi esposo le insistió a la patrona que si le daba trabajo al niño y ella le dijo: "No, yo le di trabajo fue a ustedes dos no más, don Aníbal." Entonces me tocaba trabajar sola por allá en la cafetera³¹ y nos vinimos mejor porque qué pereza uno trabajar solo por allá y el niño sin trabajo. Nos vinimos por eso.

²⁷ Recolectores que se hospedan en los cambuches

²⁸ La comida

²⁹ Corregimiento de Andes

³⁰ Modo popular de decir que se va a ir de un lugar

³¹ Área donde están sembrados los árboles de café. También nombrada "cafetales"

Encontrar finca acá fue fácil. Mi esposo es muy de buenas, le resulta una finca aquí, le resulta una finca allá, hasta pelean por él para llevárselo para alguna finca porque uno tiene que ser muy honrado para saber manejar una finca, el café o lo que sea. Mi marido siempre ha trabajado recogiendo café. A nosotros allá en Santa Rita nos fue mal porque el sueldo de él era muy malo y había que darle estudio a esta muchachita. Isabela me pide una cosa, me pide la otra. Pero no hay forma. Con la cosecha de este año vamos a para pagar deudas, nosotros no tenemos lujos, pero con tal es que haya la comida y el techo.

* * *

Durante los pocos meses que vivieron en Santa Rita, una vez Diana, madre de Tiffany y de Steven, fue de visita con los niños a la casa de Amanda. “Esa niña -se refiere a Tiffany- me la llevaron a Santa Rita flaquita, ¡me la trajeron flaquita! Los ojitos todos blanquitos. Y la hija -Diana- me dijo: ‘¿Me va a cuidar a la niña?’. Y hace un año que la estoy cuidando. Me la trajeron flaquita y véala, ya está mejor”, me dice Amanda. El tiempo y el dinero no eran suficientes para cuidar a los dos niños, así que dejó a Tiffany con su abuela desde hace un año. “El día que esa niña me falte, me muero de la pena moral”, dice Amanda arrugando los labios.

Tiffany se pasea por el patio buscando calor en la falda de Amanda y observa a su abuela con grandes ojos. Lleva puesto un vestido de colores mortecinos sobre su cuerpo pequeño y menudo. Debajo, en lugar de pañales, tiene un pantalón impermeable que le llega a los tobillos. “Le estoy tasando los pañales porque solo me quedan tres para la semana”, dice la mujer acariciando a la niña que se mueve inquieta en su regazo. “¡Qué pasó, hija, la amo!”, chilla Amanda dejando el rastro de un beso en su párvula cabeza. Le pregunto por su niñez y en su rostro se dibuja una sonrisa apenada.

* * *

Yo estudié hasta segundo. Tenía como ocho años cuando estudiaba en la escuela La Bodega por el Eco parque, esa escuela todavía debe de existir. y la maestra era Alba Gallo, yo le decía:

—¡Albita, qué pena con usted! ¿Vamos a salir a vacaciones?

—No

—¿Cómo así, todavía no?

—El resto de los niños van a tener vacaciones, pero usted no. La voy a castigar esta semana.

—¡Oiga! —Le dije y salí corriendo. Alba me persiguió con dos piedras y cuando me alcanzó me dijo que tenía que sostenerlas a los lados como castigo. Ahí mismo las largué³², ¡oiga!

—Profe, pero usted por qué me va a castigar con estas piedras. Vaya dígame a su mamá que las cargue o póngaselas a ese otro niño, yo no soy boba—Le dije y ahí mismo las tiré al piso. Entonces vino otro compañero y me dijo:

—A mí maestra no le diga nada

—¿Entonces qué, mijo? —le contesté parándomele. —Vamos ahí a la carretera, ¡vamos! —Bajamos las escaleras hasta la carretera y me iba a pegar.

—Hágale pues, mijo. —Le dije y yo también me le cuadré. Me pegó una patada en las nalgas y yo me voltee y le quebré un frasco en la cabeza. Él se fue corriendo a decirle a la maestra e hizo llamar a mi mamá y a mi papá.

—¿Quién tiene que venir? —Le pregunté a la profe.

—Cualesquiera de los dos, que suban que yo no me voy a poner a quedarme con esa peleona—me dijo.

—Entonces pa qué nos está enseñando, tan boba usted—le dije. Cuando lleve la razón a la casa, mi papá me dijo: “No vuelva por allá a joder” De todos modos, él fue donde la profe.

—¿Qué le pasó a la niña que le dieron una patada en la nalga? —le dijo.

—Ella le pegó primero a otro niño—me acusó ella. Y yo ahí mismo le dije:

—¡Miente!, usted me castigó con dos piedras en la mano, ¿y sabe qué?, a usted lo que le pasa es que me tiene rabia, ¡a metros, mija.! —Y arranqué a correr escaleras pa' abajo. Yo no me dejaba molestar de esos niños. Al otro día, se vinieron otros dos a atajarme y pensé yo: “Aquí me van a matar”, y ahí sí grité yo: “¡Profel”, y ella

³² Arrojarlas, tirarlas.

respondió: “Déjenla quieta que ya conversé con el papá” Ay, yo era tremenda, ya no, ahora soy un alma justa.

* * *

En medio de la calidez de la tarde, los pájaros gorjean entre las ramas y Niño, el caballo de la finca Los Vélez, masca heno con la cabeza agachada. Entre el solar vigoroso, los naranjos, los cocoteros, la mangifera y el platanero, ya han madurado sus frutos. “Ahora que se vaya el administrador, le decimos a Aníbal que le baje unos cocos y unas mandarinas para que se los lleve para la casa”, me ofrece calladamente como confiándome su secreto más íntimo. Parece que hubiesen sido expulsados del paraíso y no les perteneciera nada de la tierra que trabajan con el sudor de la frente.

La familia Carmona Ceballos, durante el poco tiempo que llevan viviendo en la finca Los Vélez, se ha esforzado en adaptarse a la vivienda y a las labores de trabajo. Para Amanda, es la mejor finca en la que han vivido. “Vivir aquí me gusta porque la habitación de nosotros está aparte, en las otras fincas dormíamos todos juntos, usted sabe que el hombre es hombre, el marido de uno siempre lo busca a uno, entonces yo siempre le decía a Aníbal que qué pena con los muchachos y las muchachas”, cuenta avergonzada. “Además, aquí nos van a hacer la cocina. Va a quedar grande, ¿cierto?”, señala nuevamente el patio mientras sus ojos se arrugan por una sonrisa corta y precisa.

Los doscientos mil pesos mensuales que el administrador le paga a Aníbal por su labor de manejar la finca alcanzan escasamente para el mercado, los servicios y los gastos escolares de Isabella. La liquidación que les corresponde al final de cada año ya la prestaron con el patrón pues en uno de los viajes al casco urbano de Andes, los agentes de Tránsito del municipio estaban haciendo revisión de los papeles de los vehículos y los Carmona Caballos no tenían el seguro ni la revisión tecnomecánica de la moto al día.

A pesar de los contratiempos, Amanda permanece firme en sus creencias. Desde hace diez años asiste a la Iglesia Pentecostal Unida de Colombia; su esposo y su

hijo Camilo a veces la acompañan. Amanda encuentra compañía y apoyo económico en los asistentes de la congregación. A veces le regalan faldas y ropa, alimentos no perecederos o algún elemento usado para el hogar.

* * *

Sé escribir y sé leer, lo importante, para leer la biblia y firmar. El domingo pasado iba para mi culto porque yo soy creyente, voy a la Pentecostal. Entonces nos pararon en el Batallón y nos quitaron la moto, ahí Aníbal está endeudado con el patrón porque le dijo que prestara para sacar la tecnomecánica y el seguro de la moto. Este año no hay liquidación. ¡Hacia dónde va uno, hacia dónde! De todos modos, seguimos yendo al culto, aunque él me deja allá y después vuelve por mí. Él estaba yendo, pero como hubo tantas dificultades, no siguió, yo le decía: “Amor, vamos, vamos”, y él me respondía: “No, después voy”. Si él y los muchachos no van ligero, tarde será porque los tiempos son malos, pero bueno, Dios los guarde.

Primero, estuve tres meses en los Testigos de Jehová. Aunque no me gustó porque Jesús es uno solo, ¿cómo se va a llamar Jehová uno y el otro con otro nombre? ¡No, así no es! Es uno solo, ¿uno en quién debe creer? En un solo Dios. Y pues, tampoco me gustó porque una señora me regaló una pila de ropa y las otras comenzaron a hablar. Apenas estaba comenzando a ir al culto y una señora me reclamó: “Oiga, ¿y usted no se ha puesto las faldas que yo le di?” Le dije que sí y me dijo: “Pero es que yo le veo las mismas viejas” Le dije yo: “No, claro que no. Mañana mismo me pongo una, aunque, ¿si usted me las da y yo no vuelvo voy al culto, ¿qué pasa? Y me dijo: “¡No, hija, ¡usted es muy interesada!” Le dije yo: “Vea, las faldas están buenas, téngalas”. Las cogí, las envolví y se las devolví. ¿Cómo es que usted me va a dar una cosa a mí y luego me la va a volver a quitar? Entonces otra me dijo: “¿Amanda, usted por qué entregó las faldas?, ¿qué le pasó?” Y le dije: “vea, yo le voy a decir la verdad, yo vengo acá a la iglesia es a orar, no a hablar de la gente.”

Yo duré tres semanas yendo a esa iglesia, no volví tampoco porque querían preguntarme cosas que yo no sabía y menos recién llegada. ¡Oiga! Me preguntaban y yo era: “¿que qué?” Entonces alguien me decía: “doña Amanda, esto es lo que

tiene que responder. “Una vez me pasaron el micrófono y otro me sapeó cuando me preguntaron. ¡Eso para qué! Uno tiene que aprender de cuenta de uno. A mi culto en la Pentecostal sigo yendo porque no me he sentido bien en ningún otro lugar.

* * *

En la cocina, junto al reloj que continúa en su hora eterna, hay una tabla alargada que sirve de estante ajustada contra la pared colgando de dos cordones. Sobre ella está una calculadora, un empaque viejo de mantequilla, un frasco de loción sin contenido, un vaso de Coca-Cola, una pila de platos pequeños, un envase de compota vacío y dos recipientes para empacar alimento. Inmediatamente debajo, sobre el mesón, están cinco recipientes medianos donde Amanda guarda el arroz, el azúcar, la sal y los granos de frijol. Al lado, está la estufa que permanece inútil desde hace dos meses porque en la casa no se ha pagado el gas. Las paredes de ladrillo pintadas de blanco lucen descascaradas y manchadas. Al extremo derecho de la estrecha cocina, hay una mesa tendida con un mantel plástico de fiesta infantil. Sobre la mesa hay dos ollas arroceras: una inservible y la otra es la que usa Amanda para cocer el arroz, sacada a préstamo del local comercial “Hogar y Moda” en Andes.

Afuera, Amanda termina de preparar los frijoles al calor del fogón y su nieta destapa sentada en el suelo una bolsa con una docena de recipientes vacíos del almuerzo que mandaron desde los cafetales. En un extremo del piso, un racimo de plátanos verdes y un pilón de leña permanecen arrinconados debajo de una mesa. Después de ofrecerle un vaso de jugo de banano a Tiffany, Amanda vuelve a sentarse. Mira hacia el camino por donde descienden del cafetal sus familiares, vuelve la mirada hacia la montaña de enfrente. “Qué bueno sería un terrenito”, repite ensimismada. Sus palabras se ahogan entre el canto de los azulejos, los bramidos de los bovinos de enfrente, el llanto de Tiffany, el eco de las botas que se avecinan desde los cafetales trayendo junto a ellas la caída ineludible de la tarde.

* * *

Alba

*“Me estremeció la muchacha,
hija de aquel feroz continente,
que se marchó de su casa para otra,
de toda la gente”*

Silvio Rodríguez

El azul celeste del mediodía se impone como un manto cálido sobre la inmensidad montañosa de las cordilleras antioqueñas. A pesar del cielo despejado, las lluvias septembrinas del 2019 caerán precipitadas en medio del paisaje de Tapartó, corregimiento de Andes, Antioquia. Entonces los Durango Madrid apremiarán las mulas, recogerán del patio los ladrillos del fogón de leña y alertarán a los trabajadores que tienen en mando a que apuren el ritmo de recolección en los cafetales.

Desde el 2001, los Durango Madrid viven en tierras tapartoseñas en una casa a doce kilómetros de la carretera pavimentada que lleva al corregimiento. La casa está ubicada en la vereda La Lejía, de paredes rojas y blancas, medianamente amplia y de un solo piso. Un patio grande recibe al que llega y a un costado de él hay una mesa y unos bancos rústicos de madera donde se sientan a ver pasar las horas, a conversar y a hacer la contabilidad.

En la casa, sentada en uno de los muebles de la sala está Alba Madrid, una mujer morena y de cuerpo rollizo. Se queda callada, con ese aire en la mirada de quien posee muchas certezas; cruza las manos sobre el regazo y se dispone a escuchar el motivo de mi visita. Alba vive en el campo desde los veinte años, pero realiza la labor campesina desde pequeña, cuando iba a las fincas de sus hermanos medios a recoger café.

Alba se casó en 1994 con Fernando Durango, un caficultor robusto y de ojos amables. Una vez casados, Fernando le ofreció a su esposa la vida campesina, la que heredó de sus padres. Él es caficultor, administra casas fincas y conoce la

dinámica de las cosechas cafeteras. Para ellos, desde el despuntar del alba hasta que cae la noche se trabaja la tierra: sembrar el café, abonar constantemente los árboles, fumigar la broca, esperar dieciocho meses el fruto maduro, recolectar el grano, hacer re-re (Revisar que no queden frutos secos y sobremaduros del café después de la recolección principal), desyerbar los caminos y segar la tierra. Esa es la labor durante todo el año.

En la casa, Alba me cuenta sobre su historia en el campo, cómo ha sido adaptarse, sus sueños y miedos, el oficio campesino. Le pregunto sobre los primeros años de su historia. “Siempre que recuerdo eso me hace llorar — dice—, porque no tuve infancia buena”. Aprieta ligeramente un cojín que posó sobre la falda que lleva hasta las rodillas y mira a Mariana, una amiga de la familia que escucha calladamente nuestra conversación mientras carga en su regazo a Miguel Ángel, un niño regordete y morenito de diez meses. Mariana le devuelve la mirada arrugando las cejas mientras asienta. Entonces cuando creo que no va a dar más detalles sobre esa parte de su historia, Alba comienza a contarme los pormenores.

* * *

Yo nací en 1974 y mi madre me regaló a una señora cuando cumplí quince meses. Mi madre era una niña y me tuvo a mí a los trece años y por eso el papá la abandonó. Mi abuelo la tiró a la calle cuando quedó embarazada y ella después me regaló. No tuve ni mamá ni papá, sino una madrastra, quien fue la que me recibió de mi madre. Viví en Betania, pero a pesar de que fui de pueblo me tocó muy duro porque la época anterior no es como ahora. Antes los padres tiraban muy duro a los hijos y más si se trata de madrastras. Hay madrastras buenas y madrastras, bueno, más bien regularcito. A mí no me tocó con una madrastra que digamos muy buena. ¿Que si me quiso? Supongo que sí porque ella me dio mucho gusto como pobre. Ella era modista y me hacía los vestidos y en eso me dio mucho gusto, pero fue muy dura porque en el momento en que ella me recibió, ella tenía cinco hijos, unos ya estaban grandecitos y otros pequeños, entonces le dijeron que me recibiera, que cuando ellos estuvieran grandes le ayudaban conmigo. En ese entonces, ella vivía con su esposo, pero tuvieron sus problemas, se dejaron, entonces el esposo le quitó

a los hijos y ella se quedó conmigo. Después de eso, ella mantuvo esa tristeza y la cogió contra mí. Ella no fue muy buena conmigo.

Estudí hasta noveno. Quería terminar mis estudios y seguir una carrera. A mí me hubiera gustado mucho ser secretaria, me gustaba mucho eso o un curso de baile, me gustaba mucho el baile, pero no pude por las circunstancias del maltrato de mi madrastra. Una vez ella me dio unos *planazos* por solo pedir permiso para ir a ver un drama del colegio. Uno en esa época no podía hacer un gesto, ni una mala cara y contestar mucho menos. No, en esa época usted no podía hacer así porque ya le estaban era *dando*. Usted se preguntaba, pero, ¿por qué, por qué me están pegando si solo arrugué las cejas? Un solo gesto que usted hiciera, ahí estaba una *pela* de esas duras. Entonces yo hice un gesto maluco mas no le contesté. Le dije que si me dejaba ir, que ya me iba a casar y me dijo que me iba pegar, entonces hice un gesto y me entré.

—¿Ah, tiene mucha rabia? —me dijo.

—Ma', yo no he dicho nada —le respondí.

—¿Ah, tiene mucha rabia? Venga, yo se la quito —y me pegó tres *planazos* faltándome quince días para casarme. Entonces me casé, ya no aguantaba más. Ya uno con veinte años y maltrato sobre maltrato. Me vino a mostrar más afecto y más amor cuando ya estaba casada, pero ya para qué. Esa es mi pregunta, ya para qué. Si lo necesitaba cuando vivía con ella, no tanto maltrato injustamente.

A Fernando lo veía cuando venía al pueblo desde la vereda donde vivía. Cuando nos casamos, él me llevó a vivir al campo con la familia de él. Fue muy duro desde ahí mismo. Por un lado, porque al separarse uno, así fuese de la madrastra era duro. Yo a mi madrastra la quería. Y lo otro, irse para el campo no es fácil y no me fue bien con la familia de él. A los ocho días de casados empezó el problema con la mamá. Ella no me quiso y nos echaron aun cuando era él quien manejaba la finca. Entonces volvimos donde mi mamá, pero como ella tenía una casa pequeña no nos podía tener allá, terminamos donde un hermano mío que tenía una finca y nos dio la mano un tiempo allá en la casa mientras a Fernando le resultaba finquita.

* * *

Después de eso, los Durango Madrid volvieron a Betania donde la hermana media de Alba que tenía una finca llamada Los Cantares, en la vereda La Hermosa. Allá pasó Alba los últimos meses de embarazo de la primera niña, a quien nombraron Yaritza.

Desde que se casó, Alba empezó a trabajar alimentando a los trabajadores que venían desde otras partes de Colombia a laborar durante la cosecha cafetera en la región. A la mujer que alimenta la llaman *la guisa* y a los trabajadores se les conoce como *andariegos, recolectores de café o forasteros*. Se hospedan en las fincas del municipio para trabajar durante la cosecha. Entre enero y julio, en las fincas del suroeste antioqueño se siembra el café, se abona y se cultiva; y entre agosto y diciembre se realiza la recolección del fruto maduro. Todos los años, con contadas excepciones, la cosecha es abundante. Entonces todos tienen trabajo: Fernando dirige la recolección; Alba alimenta; contratan *asistente*, que vigila a los trabajadores y, además, tienen *agregados*, familias que se hospedan durante la cosecha en las casas aledañas a la finca y sus miembros trabajan recolectando o alimentando.

En la finca Los Cantares, Alba continuó con su labor de guisa.

“En la finca de la hermana mía vivimos hasta que... —se detiene Alba bruscamente, — ¡Qué dirá esta muchacha! La historia de esta señora toda es mala, qué pena, muchacha... Allá casi nos matan. En esa época nos tuvimos que volar porque nos iban a matar. De Betania fuimos desplazados, allá llegaron unos señores que nos dieron horitas para desocupar la casa. En ese entonces, la niña Yaritza tenía un añito”, cuenta. Yurizan, la hija menor, cruza la sala y se queda a escuchar la conversación. Ella, de quince años, estudia actualmente en la Institución Educativa Tapartó en décimo grado. Tiene la misma tez de su madre y estatura media. Su madre la describe de carácter fuerte y malgeniada. Cuentan ambas que la vida en Tapartó ha sido más tranquila. Lo que les quita el sueño ahora son los caminos resbalosos a causa del clima que por esta época se pone frío. “Bajé al colegio hoy en la moto, ¡casi me caigo!, porque las llantas son pisteras, nada más sirven pa’ carretera —dice Yurizán recostada contra una de las paredes, —Esta semana que mi papá fue por la entrega de calificaciones y vino al mediodía, se cayó porque el camino estaba muy liso, le quebró el espejo a la moto y eso que no estaba

lloviendo. Por eso hay que tener mucho cuidado, la tierra negra no es tan lisa como la amarilla”, continúa Yurizán, y tras cruzar con ella unas palabras más, se marcha.

Retomo la charla con Alba, quien me cuenta sobre la época que vivieron en la Los Cantares donde su hermana. Ella continuó alimentando trabajadores mientras su esposo se encargaba de administrar la finca y dirigir la recolección en los cafetales. Alba recuerda aquella vez que perdió la tranquilidad en su propia casa a razón de un trabajador que abusó de la confianza que la pareja le había brindado. Su mirada se agudiza y su voz se inunda de enojo.

* * *

En una de esas, recuerdo que estaba alimentando trabajadores y tenía puesto un vestido materno. Me paré al lado del fogón de leña mientras hacía de comer, cuando sentí que algo me picaba, mas yo no me miraba, sino que seguía con los quehaceres en la olla. Pero algo me fastidiaba y yo lo espantaba como si fuera un mosco, ahí es cuando miro a ver qué es y veo que algo me levantó el vestido, era que ya tenía una culebra envuelta en las piernas. ¡Ay! En esas se asomó Fernando a la ventana y me dijo: “Mija, quietecita quietecita, no se mueva ni grite ni nada que ahí sí la muerde. Ella a usted embarazada no le hace nada y más si es una niña” Esa es la mejor prueba que puede tener una mujer embarazada. Entonces como iba a tener una niña, la culebra se me embobó ahí, se durmió. Yo la dejé y al rato se bajó y se fue. No se pueden matar, dicen las mamás que si se mata la culebra el bebé nace bobo.

Un sábado en una cosecha en La Hermosa, Fernando había bajado al pueblo a mercar y volvía en la línea al mediodía. Yo estaba arreglando losa con Raúl, el trabajador de confianza, él arreglaba cocina conmigo, entraba a la casa, traía leña, estaba con nosotros. Y eso era de que: “¡vea el revuelto, que las yucas!”, de estar de volteando pa’ allá y pa’ acá alrededor de la casa. Al señor yo no sé qué le sucedió ese día porque nunca me había dicho que usted tan bonita, ni a echarme un piropo, nunca surgió eso. Pero estando en la cocina se me acercó, yo me quitaba pa’ aquí, me quitaba pa’ allá. Yo me azaré y le dije: “Raúl, pero usted por qué está

haciendo eso”, le entregué los desayunos rapidito pa’ que se fuera y me entré al cuarto a mirar a la niña Yaritza y a darle tetero. Fui muy boba porque dejé la puerta de la sala abierta.

Al rato siento alguien detrás mío y era él. Me asustó mucho y más porque no supe en qué momento entró totalmente desnudo, atrancó la puerta de la sala, se acercó, se me fue montando encima y dijo: “Ahora sí vamos a pasar bueno” Y eso era besuqueándome el cuello, tocándome, y yo forcejee y forcejee con ese señor. Estaba muy de buenas porque nada que podía quitarme el pantalón, era muy apretado. Empecé a aruñarlo para quitármelo de encima. En esas me acordé que Fernando tenía una escopeta debajo de las almohadas, tanteando la encontré, me logré zafar y como pude le apunté con eso. ¡Yo ni supe pa’ dónde mandé la niña! Pero le sostuve la escopeta y él se asustó. ¡Ni sabía si eso estaba cargado o no! Como pude me vestí, agarré mi niña y la escopeta y me fui a sentar al solar en un banquito.

Ahí me quedé hasta al mediodía a esperar a Fernando. Cuando llegó me encontró ahí con la niña y me preguntó que qué me pasaba, que por qué no había hecho oficio ni comida, y le dije que estaba enferma. Entonces me preguntó que por qué no le había dicho a Raúl que me ayudara, le respondí que Raúl se había ido por leña. Ahí fue que vio a Raúl así y le preguntó que qué le había pasado, que quién lo había rayado. Y él le dijo que se había caído por allá en la mula.

Raúl se hizo el que no pasó nada, ni se fue de la finca. Pasó como un mes antes de que se fuera y mientras tanto él seguía molestando. Cuando le celebramos el añito a la niña Yaritza estaban todos bailando y poniendo música. Fernando me dijo: “Mija, ¿por qué no baila con Raúl?, mírelo, allá está, vaya y baile”, y le dije que no, que no iba a bailar con él. Me tocó esquivarlo mucho, siempre, todas las veces, y Fernando era preguntando que por qué era tan rara con él. Ya estaba cansada de insistirle que lo sacara. Él me preguntaba la razón y le decía que no, que no me gustaba. Al final Fernando me dio gusto y lo despidió sin saber el porqué.

Pero Raúl consiguió trabajo un poquito retirado y desde allá caminaba. Entonces venía los domingos que sabía que estaba sola. Yo no pensaba sino en cómo

esconderme, dónde ocultarme, qué hacer para que este hombre no volviera a tocarme el cuerpo. Yo no abría la puerta, atrancaba, me quedaba callada. Mi madre fue clara conmigo una vez cuando me dijo que cuidara a mi marido, que él era el que traía el alimento a la casa, que sin él me quedaría sola, que cómo lo iba a meter en problemas por abrir la boca, que qué tal que él se llenara de rabia y lo matara ahí mismito. No, calladita mejor. Él los domingos venía, tocaba y tocaba la puerta y de ahí se iba. Ya volvía como a las tres de la tarde y decía él: “Ay, yo vine que pa’ que su señora me vendiera un desayunito y no contestó.” Yo le decía: “Y usted pa’ qué viene a tocarme la puerta si no le abro a nadie, si necesita que le venda un desayuno por qué no viene antes de que Fernando se vaya. Usted sabe a qué hora se va Fernando. Desde que estoy sola a nadie le abro la puerta”, le respondí así. Nunca le dije a Fernando nada hasta que viviendo acá en Andes me dijo:

— Mija, adivine a quién me encontré.

—¿A quién?

—A Raúl y me pidió trabajo —me contó y como él no sabía nada, entonces a mí me tocó decirle qué era lo que había pasado. Pero eso fue mucho después.

* * *

Fernando cruza hacia la cocina vestido con una camisa semiabierta, unos pantalones de jean desgastados y unas botas pantaneras. Cuando regresa, trae un vaso de leche en la mano y se recuesta en una de las paredes cruzando un pie con el otro.

—¡Pao, pao!, sáquese esos dedos de la boca —regaña cariñosamente Fernando al bebé Miguel Ángel, impostando la voz— ¡Ah, ah!, grosero, no, no.

—¿Por dónde va Jorge, amor?, ¿Apenas va con esa mula pa’ allá? —le pregunta Alba.

—Ya va llegando a la entrada.

—¡Apenas! Ah, no, amor. Ya era pa’ que estuviera llegando en la yegua. Él es un jinete dormido —opina Alba sobre Jorge, un trabajador de la finca.

—¡Oiga, oiga! —llama Fernando al bebé tras silbarle.

—Ay, pero por qué va a llorar —le dice Mariana al niño mientras le da picos en la mejilla.

Un rato después, Fernando se retira de la sala y el niño se queda llorando. Le pregunto a Alba sobre qué ha cambiado en ella a causa de sus experiencias. “Yo, debido a lo que me ha pasado, me he vuelto mala clase”, me dice. Y entonces comienza a contarme sobre la labor de ser la guisa de la finca.

* * *

Soy la guisa y a veces también trabajo en el cafetal. Hay unos trabajadores que son agradecidos, otros que son desagradecidos, otros que no les sirve la comida que uno les da, que eso es aguamasa, que eso no sirve, que esa comida como está de poquita, que esta comida como está de maluca. Se la dejan a uno ahí. A mí me pasó una vez que uno de ellos me tiró la comida al patio porque era comida de animales, porque les había echado coles, entonces me *guindé* a pelear con él, y le dije que se largara. Me dijo que solo mi marido lo echaba y yo le respondí: “Mi esposo le dio el trabajo, pero soy yo quien lo alimenta; mi esposo no me puede obligar a alimentarlo porque yo soy la guisa”

Él le puso la queja a mi esposo y mi esposo le dijo: “¿Qué pasó con mi señora?”, Fernando averiguó con los otros trabajadores quién tenía la razón y ellos le contaron. Mi esposo le dijo: “Si quiere se puede ir para aquella casita de abajo o a la de arriba, pero a mi esposa no la puedo obligar. Desde que usted se tire a la guisa de la casa encima, ya no hay nada, yo no la puedo obligar.”

Mi esposo siempre me da un lugar y así debe ser. Si le digo: “Este trabajador no me gusta porque es de esta manera, cámbielo, me hace el favor”, él sabe cómo me gusta a mí el trabajador para alimentarlo: señores serios y respetuosos, que no lleven la morbosidad en las miradas; a mí no me gustan mucho los muchachos porque son muy empalagosos, muy irrespetuosos, unos culicagados inmaduros. Yo le digo: “Tráigame los que quiera, pero los que usted sepa que a mí me gustan”.

No me gusta tratar de a mucho al trabajador, ni meterlo mucho al corazón ni a la casa. Uno se vuelve desconfiado y Fernando es: “Mija, no sea así que le hacen algo.” Y le respondo: “Yo no nací pa’ semilla” Ahora no agacho la cabeza ni me da

miedo enfrentarme a un trabajador. ¿Ellos creen que porque uno es mujer entonces uno les va a agachar la cabeza? Yo ya no. Debido a lo que me ha pasado desperté, me volví agresiva. No lo tengo miedo a un trabajador y no los cargo. Ahora solamente es lo preciso: ¿me toca alimentarlos?, les pongo la comida; ¿quieren más o tal cosa?, pero de ahí a entonar conversa con ellos, no, hasta ahí. Y si algún trabajador me trae parva o *mecato*, con mucho gusto se la recibo mas no la como. Y que les voy a decir que me voy pa' el pueblo y entren mientras a la casa, no. Ya no, porque primero, sin pasarnos las cosas, nosotros dejábamos gente de confianza. Así lo vuelven a uno. Y así son mis hijas, agresivas, mis hijas no cargan a nadie.

¿Qué gana uno de ser noble? Le pasan muchas cosas. Por ejemplo, de darle a un trabajador la confianza y mi esposo tenerlo como un hijo, ¿para luego intentar violarme? No, ¿cierto que no? ¿Entonces uno cómo va a seguir siendo esa persona? Uno vive de ellos, y necesita desafortunadamente la platica para uno vestirse, para el sustento, pero no es que me agraden de a mucho.

* * *

Cuando los Durango Madrid fueron desplazados de Betania, se fueron a vivir a la finca El Gólgota, en Orizaba, vereda de Andes. Para esa época ya tenían dos niñas, Yaritza y Yissenia. Allí, Fernando le administraba a Guillermo. Tenían en la finca seis agregados, personas a las que se les da una casa temporal y allí viven para alimentar trabajadores. Uno de esos agregados tenía esposa y dos niños, y era el asistente de la finca. Y así, él se encargaba de vigilar a los trabajadores en el cafetal.

Cuando la cosecha terminó, los agregados y los trabajadores se fueron. Ese año hubo una buena recolección, que les dejó para ahorrar. Sin embargo, el siguiente año no fue tan bueno. Aquel asistente llamó a Fernando cuando empezó la cosecha para pedirle plata prestada a Guillermo, el patrón de Fernando, pero él se la negó. El asistente volvió a llamar para que le dieran trabajo, pero para forasteros no había porque la cosecha estaba escasa. Los Durango Madrid estaban laborando en otras faenas y rebusques, y no esperaban en la finca a ningún forastero ese año, pero la visita llegó el 29 de octubre de 1999.

* * *

Lo que le voy a contar fue un viernes. Resulta que a mí me tocaba, por vivir ahí en la finca, limpiar la casa del patrón. Cuando venía el patrón debía organizarles y si venían muy tarde, me tocaba estar allá hasta que ellos me necesitaran y luego venir a atender a mis niños y a mi esposo, pero no porque me pagaran. Era una casa de ricos, de balcón, con quiosco, inmensa, de dos pisos. Entonces el viernes por la tarde venía de organizar la casa del patrón, a hacerle la comida a los poquitos trabajadores que tenía, a cuidar mis dos niñas pequeñas y a mi esposo.

Había dos trabajadores viendo televisión en mi casa, nosotros les dijimos que estábamos muy cansados. Le dijeron a Fernando que hasta mañana y se fueron. El televisor quedó prendido. Me fui a acostar porque estaba muy cansada y Fernando iba a llamar al patrón para decirle cómo quedó todo y cuestiones de trabajo. Sacó el teléfono de nuestra habitación y lo puso en la mesa del comedor, ya él se había cambiado la ropa de trabajo, estaba en pantaloneta, en chanclas y sin camisa. Al rato mi esposo me dice: "Mija, don Guillermo la necesita." Entonces me levanto y le digo: "aló, don Guillermo, ya quedó todo listo, la casa, la cocina, los baños." Volví y me acosté mientras mi esposo quedó hablando dando la espalda hacia afuera.

Eso fue en segundos cuando dos hombres lo tenían agarrado por la espada. Inmediatamente Fernando reconoció al asistente. Fue cuando ambos quedamos en shock. Le pusieron todo el volumen al televisor, nadie se dio cuenta de lo que pasaba con nosotros adentro. Y empezó la fiesta con nosotros.

Cuando mi esposo lo reconoció, él se quitó la capucha y le dijo que mucho mejor que lo había reconocido, entonces le cantó por qué nos estaba haciendo eso: uno, cobrándole que no le habían prestado la plata y lo otro, que porque mi esposo le había negado el trabajo. Supuestamente era por eso.

Venían armados como unos revólveres y unos cuchillos que les llaman cachaganados. Cogieron a Fernando y lo montaron en la cama a darle madera. A él le

amarraron los muslos a las piernas, le amarraron el cuello al barroto de la cama. Y como él estaba sin pantaloneta y sin camisa le dieron muy duro. A mí se me montaron encima y me amarraron las manos y los pies. Mientras ellos estaban encima de mí, veía cómo le daban a él y cómo se quejaba.

Ellos llegaron a eso de las ocho de la noche y nos dieron madera como hasta las once. Yo no pensaba sino en las bebés, que no se despertaran. Las bebés estaban tapadas con un toldo. No podíamos gritar que porque mataban a las niñas. ¡Si esas niñas se hubieran despertado! En algún momento, se me pararon encima. “Nosotros les vamos a celebrar de una vez el feliz año”, dijo uno. Cogieron los huevos de la cocina y nos los echaron en la cabeza, que porque con eso nos estaban celebrando la navidad.

Trataron, entonces, quitarme la ropa y yo a forcejear, les tiraba diente, les tiraba escupa en la cara, ahí fue donde ellos me dieron madera. Me iban a violar entre los dos. Mátenme, mejor mátenme, me recuerdo haber gritado. ¿Cómo me iba a recuperar de eso?, ¿cómo iba a volver a mirar a Fernando a los ojos? ¡Mátenme, mátenme, mátenme! Ellos gozaban ese momento, lo hacían dizque para mi esposo viera. A mí no me estaban dando tan duro, le daban a él, pero cuando ellos dijeron que iba a pasar bueno delante de él, me rebelé. Él sí me dijo: “Mija, déjese”, y yo: “No”. Ahí fue cuando empezaron a agredirme y me dieron un golpe en la cabeza con el arma. A Fernando no le sacaron sangre como me sacaron a mí. Fue cuando uno de ellos me miró y preguntó que si yo prefería hacerme matar que dejarme tocar y le dije que sí, entonces dijo: “Déjela quieta, no le haga nada, dejémosla quieta.”

Ya estaba tirada en el suelo debido a los golpes cuando se iban a ir. Yo no sé cómo hice para zafarme. Traté de levantarme a cerrar la puerta, y cuando hice ese gesto, ellos se devolvieron y me vieron que me estaba parando. Me dijeron que qué iba a hacer y les dije que nada, allí fue cuando me dieron una patada en el estómago y ahí sí se fueron. Y me fui resbalando hacia la puerta por la sangre y los huevos, entonces la atranqué y me fui a zafar a Fernando porque él sí estaba morado. Eso fue lo último. Cogimos a las bebés dormidas y fuimos a pedir ayuda porque nos daba miedo que volvieran a rematarnos. Las cosas nos la tiraron al piso, se llevaron la ropa y los zapatos de él.

* * *

En ese momento, Fernando vuelve a pasar por la sala comiendo parva.

—Fernando, ¿cómo eran las personas que nos asaltaron a nosotros? —le pregunta Alba.

—Delgados—responde atarugado.

—Uno era alto

—Alto y delgado, el otro era bajito y grueso —complementa Fernando.

—¿Y cómo se llamaba el que usted reconoció?

—Yo sé que él era Martínez. — recuerda él después de quedarse pensativo unos segundos —Yo no me acuerdo del nombre de ese malparido... ¡Carlos, Carlos Martínez!

Entonces nos quedamos conversando sobre las razones por las que los asaltaron y del cómo, siendo Fernando tan prevenido, no vio venir esa 'jugada'.

—Yo estaba dando la espalda cuando me agarraron por detrás y los vi enmascarados, ¡uno que se espera una cosa de esas! Con el físico y los ojitos, lo reconocí, ¡Carlos Alberto se llamaba el hijueputa! Y es que uno nunca se lo espera, lo reconocí, y yo:” ¡Alberto, ome!, ¿qué pasó?”. Solo con decirle el nombre ese man se enfureció. Lo reconocí ahí mismo, ahí mismo, y le dije por el nombre. Entonces él habrá pensado: “ah, este hijueputa ya me reconoció” Entonces se quitó la capucha. —expresa Fernando elocuentemente.

—Mejor dicho, a ellos les fue bien porque se vinieron en tanda —calculo.

—No, a ellos les fue bien porque nos cogieron desprevenidos y sin conocimiento. ¿Qué dice mi esposo? Que si a él le volviera a pasar algo así, ya sabe que no nos va tan mal, porque primero, esa ropa y ese machete no se lo quita hasta que ya estemos cerquita de la cama, él dice que lo tienen es que matar; y lo otro, no es fácil porque uno ya no se deja coger del miedo, en ese entonces al verlos a ellos con un revólver y con un cuchillo y vernos agarrados, nos dio mucho susto. Una cosa de esas no nos vuelve a pasar y si nos vuelve a pasar no nos coge tan dormidos.

— A uno siempre lo cogen es porque uno está dormido — le corrobora Fernando— Uno ya va cogiendo experiencia porque el mico aprende a bailar dándole garrote.

Yo pienso que eso fue organizado con el otro agregado de la casa. Yo pienso que 'La Vaca' sabía, esos cuchos sabían, amor, pienso que sí, ¡uhhh! Yo a eso le voy, ¡ave maría! No sé, a mi algo me dice que eso fue cuadrado porque ellos eran amigos. Y la envidia ha existido, nosotros hemos cargado con mucha envidia de la gente, ¡bendito sea mi Dios!

—Pero ahí no quedó el atraco. Nos llamaban, nos amenazaban, que me iba a quedar viuda, que no iba a llegar a diciembre, ¿cierto, amor? — le dice ella.

—Uno piensa que hasta allí llegó la vida de uno porque uno dice este fue el último día, hasta aquí llegué yo. Eso es muy bravo. Uno viéndose con un revólver en la sien y un cuchillo en el cuello, ¿qué va a pensar uno? Ya, hasta aquí. Ya no vuelvo a ver mis hijas. Uno ya vuelve a reaccionar cuando todo acaba, pero cuando uno está en ese lema, ¡ay, amasita! Uno piensa: ¡ya me mataron! — expresa Fernando.

—Ya después, en Andes, Alberto una vez persiguió a mi esposo, le pidió una plata y lo citó en la Escuela de Italia, que tenía que llevarle una plata o que si no nos mataba. Entonces fuimos a la policía a demandar, ahí fue cuando le colaboraron a él con una emboscada que a la final no funcionó

—Ya de eso han pasado veinte años. Ni rastro de esa gente se volvió a ver. Ese año atracaron a Raimundo y todo el mundo. De la Fiscalía, en Concordia, a mí me llamaban, entonces tenía que ir a allá a declarar. — cuenta Fernando.

—Cuenta que esa misma banda llegó a una finca y ahí sí ese man se mató con la niña, ¿te acordás? Hacia poquito nos había pasado a nosotros. —le incita ella.

—Ajá

—El man al verse acorralado de la Policía mató a una niña de trece meses y se mató él.

—Ese año robaron mucho, siempre han robado, pero ese año estuvo pesado. Y después pasaron muchos años, ya estábamos aquí, llevamos dieciocho años aquí en Tapartó. A los tres o cuatro años de estar aquí, me encontré con un tío del muchacho y le pregunté: "Ve, hombre, esto y esto." Y me dijo: "No, *cucho*, a ese hombre lo mataron, muy sobrino mío, pero lo mataron." Eso fue lo que él me dijo. — cuenta él.

—¿Hasta qué fecha fue que duró todo? —pregunta Alba arrugando el ceño.

—Pasó septiembre, pasó noviembre y diciembre, acuérdesese que el 31 de diciembre ya había pasado lo de La Italia, luego él llamó, pero no le contesté. Y hasta el sol de hoy.

—Pero la amenaza era que él no iba a llegar hasta diciembre. — expresa Alba con preocupación en el rostro.

—Y el 9 de julio del 2001 nos vinimos para Tapartó. —concluye Fernando.

* * *

La travesía de la familia continuó hasta que llegaron a Tapartó en el 2001. Dos años más tarde, tuvieron a Yurizán, la última de las tres niñas. Para Alba su vida ha sido una historia marcada con desdichas que ha sabido afrontar, que la han hecho ser lo que es ahora. No se amedrenta ante las dificultades. Nada la atemoriza tanto como antes. Es prevenida, recelosa y reservada mientras Fernando es precavido, pero conserva un trato más afable. Ante eso Fernando le pide que sea más simpática por su seguridad para no hacer enemigos, pero ella prefiere ser así: precisa en su cordialidad. En la finca en la que viven actualmente se sienten mejor. “Acá el vivir ha sido más tranquilo, no nos han pasado cosas horribles” — me cuenta — “Fernando se ha entendido muy bien con el patrón y hemos sacado a las niñas adelante”.

Pronto me apremia y me dice que se está oscureciendo. Me marchó, recorro la trocha polvorienta y me encuentro varias cuadrillas de recolectores que van saliendo de sus labores. “Mamacita rica”, me dice uno y eso alenta al resto a gritarme obscenidades mientras paso cerca. Con los cafetales a un costado y al otro un despeñadero que se incrementa montaña arriba, desciendo por el camino estrecho de piedra y barro antes de llegar a la reja de la entrada que controla el tránsito desmesurado de foráneos en la vereda La Lejía.

* * *

Conclusiones

1. A excepción de dos mujeres, ninguna de las entrevistadas reconoce sus casos de victimización como violencia contra ellas. Lo anterior es debido a la falta de información que tienen al respecto y a la normalización de la violencia en el contexto rural del municipio.
2. El 30% de las mujeres contactadas han realizado ambas labores de alimentación y recolección alguna vez en su vida. A lo largo del tiempo, han tenido preferencias por alguna de estas.
3. Al menos el 50% afirma haber sido víctima de alguna modalidad de violencia de género, dentro de las cuales, las de mayor tendencia es la violencia económica, la violencia sexual (violación y acoso) y la violencia estatal.
4. Seis de las mujeres entrevistadas son cabeza de hogar, turnando su tiempo laboral con el que dedican a su familia.
5. Entre los principales factores de riesgo que facilitan la violencia contra la mujer se encuentran la falta de acceso a la educación primaria, secundaria y universitaria; la poca formación en principios y valores en los hogares hacia el género masculino, que fomenten el respeto a las mujeres; la dificultad de las mujeres para ubicarse laboralmente en otros oficios mejores pagos; la cultura machista arraigada en la cultura popular de la región, entre otros.
6. En medio de la dinámica cafetera sí se presenta una invisibilización de las víctimas de violencia de género en el corregimiento de Tapartó, Andes, Antioquia.
7. En el corregimiento de Tapartó se presentan casos de violencia de género en sus cinco modalidades: física, psicológica, económica, sexual y estatal.

Bibliografía

Berrío, L. (6 de Octubre de 2019) Entrevistada 4 (L. A. Calvo, Entrevistador)

Ceballos, A. d. (18, 25, 31 de Octubre de 2019) Entrevistada 5 (L. A. Calvo, Entrevistador)

Comisión de Derechos Humanos. (2000). *La eliminación de la violencia contra la mujer. Resolución de la Comisión de Derechos Humanos 2000/45*. Obtenido de https://www.oas.org/dil/esp/1993-Declaracion_sobre_la_eliminacion_de_la_violencia_contra_la_mujer.pdf

Estimaciones mundiales y regionales de la violencia contra la mujer: prevalencia y efectos de la violencia conyugal y de la violencia sexual no conyugal en la salud. (2013). Obtenido de https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/85243/WHO_RHR_HRP_13.0_6_spa.pdf?sequence=1

Galeano, L. F. (6 de Octubre de 2019) Entrevistada 3 (L. A. Calvo, Entrevistador)

Madrid, A. (3, 15, 25 de Septiembre de 2019). Entrevistada 1 (L. A. Calvo, Entrevistador)

Naciones Unidas. (2019). *Observatorio de Igualdad de Género de América Latina y el Caribe de la CEPAL*. Obtenido de *Feminicidios*: <https://oig.cepal.org/es/indicadores/feminicidio>

Nieto, P. (2008). *Llanto en el paraíso: crónicas de la guerra en Colombia*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.

Pérez, E. (17, 19 de Noviembre de 2019) Entrevistada 7 (L. A. Calvo, Entrevistador)

Poniatowska, E. (1984). *Hasta no verte, Jesús mío*. Barcelona: Alianza Editorial.

Ramírez, D. (10 de Octubre de 2019) Entrevistada 2 (L. A. Calvo, Entrevistador)

Rendón, L. M. (2019 de Octubre de 14) Entrevistada 6 (L. A. Calvo, Entrevistador)

Un Women (2019). *Base de datos mundial sobre violencia contra la mujer*. Obtenido de <http://evaw-global-database.unwomen.org/en/countries/americas/colombia>